

REGRESO del FUTURO

PETER KAPRA

PETER KAPRA

Regreso al futuro

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
Barcelona

Dr. Julián Álvarez, 151
Buenos Aires

Portada: López Espí

Depósito Legal: B. 45. 558 -1971

Printed in Spain - Impreso en España
Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 29 - Barcelona

INTRODUCCIÓN

En 1895, H. G. Wells escribió una novela que se ha hecho famosa con el nombre de «La Máquina del Tiempo», en la que cierto profesor explica a un grupo de amigos su insólita traslación al año 802701, a bordo de una extraña máquina, que apenas describe, por lo cual cada lector puede formarse sus propias ideas sobre ella. «Tenía partes de níquel, de marfil y otras que indudablemente habían sido limadas o aserradas de un cristal de roca. »

Con estos elementos tan poco explícitos, es indudable que nadie pueda construir en nuestros días, pese a los adelantos técnicos, una máquina capaz, no de llevarnos al futuro, sino de anticipar siquiera un día al presente. Si esto pudiera ser realidad, las apuestas deportivas sufrirían, sin duda, un serio quebranto.

Es obvio, por tanto, que H. G. Wells sólo pretendía hacer algo diferente dentro de la ficción imaginativa. No era un científico, sino un narrador. Creó un estilo de relato, dentro de la novela, como Julio Verne había hecho en sus historias de viajes que le «llevaron» hasta la Luna.

Los autores de ciencia-ficción modernos, que poseen otras inquietudes más técnicas, propias de la época actual, se han encontrado con el inconveniente de los «madrugadores», Wells y Verne, para poder evadirse de este tiempo y este mundo. «Lo que no es original es un plagio», dice un proverbio.

Sin embargo, ningún autor ha podido describir cómo es una máquina del tiempo, ni cómo se construye un ingenio capaz de abandonar esta época. Por tanto, dicho aparato, por muy manoseado que esté, no deja de ser un sueño, una utopía o una quimera.

Sin embargo, existen otros medios, al parecer, que pueden facilitar al hombre la «huida» de su tiempo. Uno de ellos puede ser hallado entre los postulados de la teoría de la relatividad, en la que Albert Einstein

concebía el Universo como un cuerpo compuesto de cuatro dimensiones. La cuarta es el tiempo.

Así, pasando a la aplicación práctica de las ecuaciones einstenianas, en 1957, el profesor alemán Eugene Sänger, experto en Astronomía y Astronáutica, realizó un interesante cálculo basado en la teoría de las contracciones del tiempo e imaginó un reloj que era transportado en un vehículo interestelar.

El planteamiento matemático era así:

siendo S = distancia recorrida por el vehículo; a = la aceleración; c = la velocidad de la luz.

De lo que resulta:

De este modo, Eugene Sänger trató de demostrar que una nave espacial podía alcanzar el centro de nuestra galaxia, situado a unos 27.000 años-luz, en poco más de veinte años; y la galaxia más próxima, la nebulosa de Andrómeda, en veintiocho años.

Sin embargo, debido al desdoblamiento del tiempo, cuando los viajeros del cosmos regresaron a la Tierra se encontrarían con la indudable sorpresa de que… ¡habían transcurrido tres millones de años!

Y Shloski, profesor de Astronomía en la Universidad de Moscú, al comentar el cálculo de Sänger, afirma que no es fácil construir un vehículo espacial capaz de alcanzar semejantes velocidades. Y añade: «Debería aniquilar totalmente la materia por contacto con la antimateria transportada dentro de una botella magnética».

Otros autores plantean la solución del problema de modo mucho más simple. Erich von Däniken, en el capítulo II, «La fantástica traslación de una nave espacial por el vacío», de su obra «Recuerdos del Futuro», menciona el «cohete interplanetario fotónico». Y dice que es «un procedimiento nuevo y audaz, cuya posible aplicación ha sido ya demostrada mediante experimentos físicos con pequeños elementos aislados».

En teoría, pues, la nave interplanetaria de propulsión fotónica puede desarrollar una velocidad equivalente a la de la luz, o sea de 300.000 km/seg. No obstante, cabe la posibilidad de aumentar al doble esta velocidad, debido al principio de aceleración ondulatoria del fotón, que «serpentea» dentro de sí mismo a la misma velocidad de traslación.

Por otra parte, la diferencia de tiempos entre los viajeros del cosmos y los habitantes de la Tierra quedó establecida en la teoría de Lorentz

sobre la transformación del tiempo.

En donde, t = tiempo de los astronautas; T = tiempo de la Tierra; V = velocidad de vuelo, y c = velocidad de la luz.

Se llega, pues, a la conclusión de que con una nave espacial más o menos equipada, con medios de propulsión fotónica, ya casi al alcance de la técnica, se puede viajar por el espacio y por el tiempo.

Serán muchas las sorpresas que el futuro deparará a los hombres, en especial a los que continúen viviendo en este planeta dentro de algunos miles de años y se encuentren, de pronto, con alguien que vuelve del mañana.

La historia de Conrad Wienner, por ejemplo, el hombre que «regresó del futuro», habrá de ser creída. Y, si no, al menos, escuchada.

Capítulo Primero

PRELUDIO CÓSMICO

— Señor, ten piedad del alma de Rolf Ullrich. Fue un gran compañero.

Con estas sentidas palabras, el hombre perdido en el espacio, Conrad Wienner, se santiguó torpemente y luego alzó el rostro hacia las estrellas.

Se encontraba en un mundo desconocido y extraño, a cuya superficie había descendido suavemente para cumplir el cristiano deber de sepultar a los muertos, cubrir con tierra sus restos y rezar una oración.

El terrícola superviviente de la nave interplanetaria «Blitz-F-2», de propulsión fotónica, había quedado completamente solo. Los diez hombres y las cuatro mujeres que salieron con él de la Tierra, ya hacía de esto cincuenta y dos años, se habían ido quedando en distintos y ya lejanos mundos, bajo el polvo cósmico. El último en fallecer había sido Rolf. Resistió lo increíble, con tenacidad y supremo valor. Pero, al fin, la misma enfermedad que acabó con los otros se lo llevó también.

Conrad, tristemente, desvió la mirada desde el túmulo hacia la nave. Ya se había posado el polvo arremolinado por la dispersión molecular. Pudo contemplar el árido y yermo paraje, el lejano y serrado horizonte, de bajas pero abruptas colinas volcánicas.

Aquello era un mundo muerto, iluminado por un sol brillante y cegador, que descargaba sobre el suelo más de doscientos grados de calor radiactivo. En el hemisferio en sombras, Conrad había comprobado poco antes una temperatura de -400° C.

Aquél era uno de tantos planetas sin vida que giraban eternamente en la inmensa soledad de los cielos, en el silencio más terrible y angustioso, sin pasado ni presente, puesto que nadie parecía haber hollado jamás su suelo.

Conrad, protegido con su escafandra plateada de vacío, isotérmico y pesadas botas magnéticas, se dirigió lentamente a la nave. Ya no tenía nada que hacer allí.

Fue entonces cuando pensó por vez primera en abandonar la inútil lucha. ¿Para qué seguir? Era un viejo con barba, cejas y cabellos blancos. Tenía ochenta y dos años. Había pasado más de cincuenta encerrado entre las paredes metálicas de la «Blitz- F-2», navegando en el vacío, mientras trataba de hallar respuestas a preguntas que ya carecían de sentido.

Sin embargo, Conrad Wienner tenía la sensación de haber vivido miles o millones de años, durante aquellos cincuenta y dos años que llevaba alejado de su mundo, al cual pretendía volver.

¿Para qué? ¿Qué iba a encontrar? ¿Acaso no era probable que la Tierra hubiese desaparecido ya?

Conrad Wienner tenía un reloj atómico en el tablero de control de la nave. Desde el día que salieron del cosmodromo de Ulm, allá por la quinta década del siglo XXI, en el año 2053 concretamente, habían transcurrido cincuenta y dos años… ¡Pero él sabía que en la Tierra el tiempo había pasado más rápido!

Podía repasar brevemente todo lo que había ocurrido a bordo durante aquellos cincuenta y dos años. Y lo hizo mientras subía la escalinata y penetraba en la cabina de presión, cuya escotilla cerró herméticamente después.

Se vio a sí mismo, un feliz e importante día, despidiéndose de su esposa e hijos. Besos, abrazos, lágrimas también, consejos, recomendaciones.

¿Qué habría sido de Mas, de Rick, de Elga y de Peter? El astronauta perdido no podía imaginarlos más que como los tenía en la mente, en el momento de la partida, o como los veía, de vez en cuando, en las fotografías que aún conservaba de ellos.

Pensó también en el coronel Usiskin, el fornido, sonriente y enérgico comandante de la «Blitz-F-2», cuyo cadáver yacía, como el de Rolf, en un planeta sin nombre, cuando les dio la bienvenida a bordo y les fue estrechando la mano a todos y dándoles las últimas instrucciones.

Todos habían muerto ya. Se fueron consumiendo lentamente, encerrados entre las paredes de la nave, donde tantos sueños se habían malogrado y donde las esperanzas no dejaron de ser más que quimeras irrealizables.

Conrad había sido un hombre alto, de ojos azules y brillantes,

cerebro despejado, cuerpo atlético e inagotable energía. Pero de él no quedaba ni la sombra: sólo su esqueleto y su piel apergaminada, los ojos hundidos y los labios trémulos. La mente, empero, parecía aún equilibrada y firme.

Abrió la compuerta interior. Sus botas pisaron el desgastado pavimento de plástico, por muchos de cuyos agujeros se veían las planchas de acero. Avanzó, sujetándose a los pasamanos, hasta llegar a la puerta de la cabina de control, donde últimamente pasaba todo el tiempo. Allí se sentó, con un gesto de extrema fatiga. Comprobó instintivamente en los relojes de ambiente que la atmósfera no se había alterado y que los renovadores de aire continuaban funcionando, y procedió a despojarse de la escafandra.

Se desvistió despacio, sin prisa. Sabía que ya no volvería a ponerse más aquel atuendo de tela plateada. Cuando muriera, se quedaría sentado en la silla giratoria, ante los controles. Nadie podría ya dar sepultura a su cuerpo. La «Blitz-F-2» continuaría su eterna singladura hasta que algún cometa de hielo cósmico se interpusiera en su camino y la desintegrara, o bien cualquier astro la atrajera, situándola en órbita en torno a él, para terminar cayendo sobre su ionosfera radiactiva.

Cuando terminó de quitarse el traje de vacío, Conrad Wienner miró en torno suyo. Aquél era todo su mundo. Detrás, en el pasillo, estaban las cabinas vacías, llenas de recuerdos de hombres y mujeres que salieron de Ulm, cincuenta y dos años atrás, con una ilusión científica ya disipada.

Recuerdos. Eso era toda la nave. Sólo el inagotable motor de energía lumínica era una realidad tangible. Demostraba haber sido el mejor acierto de la técnica. Jamás falló, mientras que los hombres sí lo hicieron, desgastados por el tiempo.

Conrad no embarcó en la nave interplanetaria como piloto. En aquel tiempo, era un técnico, un experto en transmisiones — ¡que también fallaron! —luego la necesidad le hizo aprender muchas cosas. Fue médico, enfermero, químico. Tuvo que realizar más de diez trabajos distintos a la vez, desde ayudante de navegación, con el coronel Usiskin, hasta cocinero.

La cocina biónica había dejado de funcionar años atrás. Los condensadores de microondas se rompieron y todos los comprimidos alimenticios hubieron de ser tratados químicamente y luego hidratados. Los recursos humanos fueron ilimitados. Pero Conrad recordaba cuando se estropeó el generador de agua y temieron todos por su vida.

En aquella ocasión, la improvisación de la doctora Schultz fue más que genial. Nadie supo cómo, pero inventó un «pozo» de agua dentro de la nave, recogiendo átomos dispersos de hidrógeno del exterior, que mezcló con átomos de oxígeno extraídos de los renovadores de aire, y así obtuvo agua por electroionización.

La simplicidad del aparato todavía permitía obtener agua de él. Ahora, con los depósitos llenos, Conrad Wienner no podía quejarse por falta de agua. Ni siquiera de alimentos. Había quedado completamente solo y necesitaba pocas proteínas y calorías para alimentarse.

— ¡Pobre Rolf! —exclamó el superviviente—. Éste es el fin… Sin nadie con quien hablar…, ¿qué hago yo aquí? ¿Dónde voy?

Sin embargo, por pura inercia, Conrad manejó los controles electrónicos y hasta conectó la señal de aviso para el despegue, como si hubiese alguien a bordo que debiera adoptar las oportunas medidas de seguridad. Todo era rutinario, automático, sencillo; una labor reducida a gestos.

Conrad vio iluminarse las tres pantallas. El árido paraje del exterior se recortó ante él con toda nitidez. Incluso vio el túmulo bajo en que yacía su camarada Ullrich.

Entornó los ojos tristemente.

La nave quedó suspendida a escasos metros del suelo, para iniciar en seguida su deslizamiento tangencial hacia la altura e ir adquiriendo velocidad gradualmente, consumiendo la reserva de los acumuladores. Todo el despegue normal se hacía por medio de un control o programa de circuito impreso, que se llamaba «robot-piloto».

Cuando la nave estaba ya a gran altura, se disparaba un disyuntor y se conectaba el programa orbital fijado por los técnicos antes de salir de Ulm, y que no se sabía por qué motivos había fallado en parte. El coronel Usiskin así lo dijo, al menos, muchos años atrás.

La nave se había perdido en el cosmos.

* * *

Conrad Wienner permaneció sentado ante el control durante cuatro años más. Todos los «días» se levantaba a la misma hora, paseaba por el pasillo, lentamente, durante media hora. Después ingería medio vaso de compuesto vitamínico, proteicocalórico, y se dirigía a su cabina, donde contemplaba la fotografía de su familia.

Hecho esto, se acostaba y dormía seis horas. Al levantarse, se

duchaba con agua templada, se secaba y se vestía. Volvía a la cabina de control y de allí no se movía, mientras tomaba lentamente lo que llamaba su «jugo de frutas» y sus galletas recién fabricadas en el horno automático.

Así, siempre igual. Y en las pantallas oscuras, siempre los mismos puntos brillantes, algún que otro mundo que parecía deslizarse a velocidad centelleante, «advertido» con antelación por los controles de navegación y «corregido» el curso orbital hiperlumínico.

Un día, otro, otro… Semanas, meses, años… ¡Cuatro años desde que murió Rolf Ullrich!

Y, sin embargo, dada la intensa monotonía, Conrad Wienner hubiera dicho que el tiempo no transcurría. El reloj atómico, sin embargo, desmentía sus impresiones. Cada veinticuatro horas terrestres, invariablemente, hacía saltar un número, añadiendo un guarismo a los veinte mil y tantos días que llevaba ya lejos de su mundo.

Pero el solitario astronauta continuaba inalterable, aunque más débil. Cumplió sus ochenta y seis años sin modificar ni uno solo de sus hábitos. Aquel cotogesimosexto aniversario era uno de tantos. Un año más a su larga vida. ¿Cuántos podían faltarle todavía para cerrar definitivamente los ojos, dormirse, por ejemplo, y no despertar jamás?

Quiso soñar en lo que podía haber sido su vida, pero no pudo. Sentía un extremado cansancio y pensó que podían ser los primeros síntomas precursores de la enfermedad que nadie les pudo explicar cómo se produjo, porque los médicos de a bordo fueron las primeras víctimas, y que hasta ahora le había respetado a él.

Conocía los síntomas. Cansancio, enrojecimiento de los ojos, palpitaciones y luego aquella coloración blancoazulada de la piel, indicadora del próximo y fatal desenlace. Sin embargo, Rolf Ullrich, a diferencia de los otros, permaneció varios años con la piel de aquel color, sufriendo fiebres intermitentes antes de morir. Su agonía fue también más prolongada.

Conrad se dirigió a la enfermería en la que había un indescriptible desorden. Hacía mucho tiempo que no entraba allí. Odiaba aquel lugar donde había los mayores adelantos de la electrónica aplicada a la medicina.

Antes de aplicarse al pecho el estetoscopio biónico, respiró hondo. Luego, sin embargo, la lectura de los datos que aparecieron en la pantalla le tranquilizaron. Todo era normal para su edad. Sólo sentía aprensiones. Ni siquiera un ataque preliminar de fiebre. Esto podía ser

debido a que Conrad siempre hizo ejercicios gimnásticos y cuidó su organismo.

De pronto, sintió deseos de vivir. Y se le ocurrió ir a la salita de recreo, escuchar música, tomarse una copa de jerez y tenderse en uno de los mullidos asientos extensibles para relajar la tensión nerviosa producida por la falsa impresión de enfermedad.

Así lo hizo. Salió de la enfermería y se dirigió hacia la salita de recreo. Tuvo, incluso, la impresión de caminar con más soltura y ligereza.

El bar estaba cerrado desde hacía años. Pero lo abrió. Sólo tenía que pulsar un timbre. Y el «audimusic» continuaba detrás de su pantalla de cristal artificial. Sólo tuvo que abrirlo, conectarlo y…

¡En vez de música, surgió de los altavoces un sonido gutural, grave, como una voz extraña que estuviese recitando una letanía!

Conrad no había escuchado jamás un sonido igual. Creyó que, al no usarlo, el aparato se habría descompuesto. Cualquier circuito podía fallar y la música electrónica convertirse en un ruido sorprendente.

Sin embargo, cuando examinó el cuadro de «audimusic», sufrió un sobresalto. El registro musical de grabación estaba desconectado. Y lo que funcionaba era la radio de ultrafrecuencia.

En los altavoces, inalterable, el sonido gutural continuaba surgiendo, y lo que parecía una voz de timbre grave y modular llegaba a oídos de Conrad, dejándole aturdido y confuso.

La radio funcionaba. Debía de estar recogiendo voces que llegaban de algún lugar del espacio… ¡De algún planeta habitado!

Miró a su alrededor, como si fuese posible que algún extraordinario ser hubiera penetrado en la nave. Retrocedió, incluso, unos pasos, alejándose del «audimusic». Contuvo el aliento. Escuchó.

Le pareció escuchar algo semejante a esto:

— Ok-takvo-kok-tok, ke-vi-kaik-ik-kat-katik.

De un salto casi desesperado, cayó sobre el aparato y movió el control de sintonía. La voz desapareció en el acto, dejando silenciosos todos los altavoces.

Conrad Wienner sabía mejor que nadie lo que había ocurrido con las comunicaciones radiofónicas, en los primeros tiempos del viaje. Ninguna onda de radio podía alcanzar la velocidad hiperlumínica de la «Blitz-F-2». Y, sin embargo, ahora, la radio funcionaba perfectamente, a pesar de mantener la misma velocidad superorbital. ¿Acaso se estaba alejando de algún mundo habitado por seres que conocían las hondas

radioeléctricas?

Comprobó el funcionamiento del «audimusic», conectando una grabación magnética. Oyó perfectamente la música, lo que probaba que el aparato estaba en perfectas condiciones. Luego conectó de nuevo la radio y sintonizó la banda que había escuchado poco antes. El sonido gutural y grave, que no se parecía en nada a la voz humana, volvió a escucharse, causándole la misma impresión de antes.

— « Kok-vokta-ikka-tik-ek-koet-kaek- tekka».

Durante más de quince minutos, Conrad estuvo escuchando aquellos sonidos como fascinado. Y, de pronto, hubo una pausa, tras la que escuchó una especie de silbidos penetrantes y melódicos al mismo tiempo, de un ritmo muy rápido, que duraron unos segundos. La voz volvió a surgir otra vez, repitiendo su letanía de palabras secas, cortantes, como si fuesen golpes alocados producidos sobre una madera hueca.

El misterio del «audimusic» era lo más extraordinario que había sucedido durante todo el transcurso del prolongado viaje por el espacio infinito. Conrad lamentó estar solo en aquellos momentos, por no poder comentar el caso con alguno de sus compañeros.

— ¿De dónde proviene este ruido sincopado y grave? Debe de tener un origen. Se trata de una voz, no cabe duda. Pero ¿qué clase de voz? ¿Humana? ¿Es que me encuentro al alcance de las ondas de un mundo habitado?

Estas preguntas le hicieron abandonar rápidamente la sala de recreo, sin haberse tomado el jerez, ni acordarse ya de su cumpleaños, para volver lo más aprisa posible a la cabina de control, ante cuyas pantallas telescópicas se inclinó, para mirar ansiosamente a todos los ángulos.

Vio los mismos puntos luminosos de siempre. Las estrellas, los lejanos soles, los gigantescos astros con un eterno destello, los cometas, los meteoritos de trazo ígneo. ¿Cuál de aquellos innumerables puntos estaba transmitiendo en onda hiperlumínica o qué conjunción astral y magnética se estaba produciendo para permitirle escuchar voces y música procedentes del exterior?

Ahora sí que se sintió Conrad Wienner dominado por la fiebre. La más insólita casualidad había puesto al alcance de la potencia del «audimusic» unos sonidos que sólo podían proceder de seres inteligentes.

¿Cómo localizarlos? ¿Qué hacer para que no desapareciera aquella comunicación esperanzadora?

Se le ocurrió que podía decelerar la velocidad y quedarse orbitando. Temía que, de seguir viajando, perdería irremisiblemente la onda que sólo podía proceder de seres inteligentes y racionales.

Y esto fue lo que hizo: apagó totalmente el retro-propulsor fotónico, aunque la deceleración no se produjo inmediatamente, porque la inercia en orbitación hiperlumínica era más fantástica que el rayo cósmico.

No volvió a la sala de recreo, sino que desde la cabina de control conectó al sistema principal de comunicaciones. Y de nuevo, ahora por el altavoz de órdenes, oyó la voz, que ya empezaba a parecerle menos grave y más audible, sin aquel tono hueco y cacareante.

Inmediatamente después, Conrad recurrió a la computadora astronómica. La imagen de las estrellas del universo visible quedaron impresas en placas. Los registros de la computadora actuaron sobre las placas, efectuando un reconocimiento electrónico. El resultado de aquel examen estelar fue facilitado en una proyección sobre la pantalla de la computadora, una vez hechas las debidas correcciones.

Y Conrad se encontró con una información desconocida. El universo que le envolvía no estaba clasificado en ninguna parte. No había referencia. Ninguna de las constelaciones era conocida. Por tanto, continuaba perdido y desorientado en el espacio.

Esto era lo que les había ocurrido siempre, como consecuencia de las altísimas velocidades obtenidas por los medios de traslación de la nave hiperlumínica «Blitz-F-2».

Conrad Wienner estuvo a punto de caer abrumado y descorazonado en su asiento, pese a la voz extraña que continuaba surgiendo del altoparlante, de no haber visto algo, de pronto, en la pantalla, telescópica de visión directa: un astro de cuarta o quinta magnitud y varios planetas orbitando en torno a él, como puntos minúsculos seccionados por la luz. Un sistema planetario, tal vez situado a cien mil millones de kilómetros… ¡o tal vez un billón!

Pero aquellos puntos le causaron una impresión indefinida, inefable, grata, como si hubiese descubierto, de repente, su hogar entre las sombras de: la noche.

Capítulo II

LA ESTIRPE HUMANA

Un nuevo y detenido estudio astronómico estuvo a punto de hacer lanzar a Conrad Wienner un grito de júbilo. Ya no tuvo duda. Por alguna razón desconocida, había vuelto al Sistema Solar.

Pudo ver el querido sol, algo más apagado, al parecer; el planeta Mercurio, girando en órbita muy próxima al astro; el brillante Venus y… ¡la Tierra!

Pero ¿qué era aquello? ¡No podía ser! ¡Habían dos lunas en órbita en torno a la Tierra! ¡Esto era imposible!

Tuvo que frotarse los cansados ojos, sentarse y admitir que el sueño acababa de desvanecerse. Aquello no podía ser el Sistema Solar. Aunque el gigante amarillo, situado en un extremo de su amplia órbita, indicaba algo muy significativo. Vio también Saturno, el anillado.

Graduó los mandos de la pantalla telescópica y amplió la imagen del planeta que debía estar a ciento cincuenta millones de kilómetros del Sol. Por el sistema de «optimetría» angular, calculó que tal distancia era algo inferior, como de unos ciento treinta y ocho millones de kilómetros. ¿Era que la Tierra había cerrado su órbita en torno al Sol?

Pero ¿y aquellas dos lunas?

Hubo de examinarlas más de cerca, aumentando la imagen, para observar algo que se apartaba totalmente de la realidad, algo increíble: ¡una de las dos lunas estaba unida a la Tierra por columnas plateadas, a modo de gruesos cables o tubos metálicos!

Contó seis de estos cables, que debían tener una longitud de cien mil kilómetros, aproximadamente, y era lo más extraordinario que Conrad había visto en toda su larga y monótona existencia.

¿Era aquello, en realidad, la Tierra? Y, si lo era, ¿qué había ocurrido

durante su ausencia?

Observó, además, curiosas manchas plomizas sobre la superficie de la Luna natural —la que estaba situada a mayor distancia—, y, a pesar de la amplitud de la imagen que ofrecía la pantalla telescópica, no pudo precisar a qué se debían aquellos tonos oscuros.

Calculó que estaba a más de un millón de kilómetros de distancia. Y, a pesar de ello, continuaba escuchando la voz que surgía de la radio de ultra-frecuencia, aunque ahora, a medida que la deceleración se acentuaba, le parecía menos grave y cortante. Desde luego, quienquiera que fuese el locutor, se expresaba en un lenguaje enteramente desconocido para él.

— Es preciso que me dirija allí y entre en contacto con ese mundo increíble —dijo Conrad en voz alta—.

En la Tierra han debido ocurrir muchos cambios. Es posible que hayan transcurrido algunos centenares de años, si los matemáticos del siglo pasado no estaban equivocados.

»¿En qué época he vuelto?

Esta pregunta le sorprendió. Hubo de reflexionar intensamente, tratar de comprender dónde había estado durante aquellos cincuenta y seis años que llevaba fuera de su mundo y qué fronteras de lo desconocido había cruzado.

— Tal vez sea más tiempo el que haya transcurrido allí. La ciencia ha podido desarrollarse mucho… Y eso explicaría la otra luna… ¿Cómo pueden tenerla retenida con cables? ¿Qué obra de ingeniería es ésa?

Era difícil sustraerse a la visión de la pantalla telescópica. Lo que veían sus ojos, además de increíble, parecía imposible. Sin embargo, sus sentidos no le engañaban. No estaba viendo visiones, ni alucinaciones. Aquello existía y su imagen llegaba hasta el centro clasificador de su mente. Era real.

— De todos modos, debo ir allí. Aunque no sea mi mundo, parece ser un planeta donde existe una civilización. Esa voz debe proceder de allí y ha de estar siendo transmitida por ondas desconocidas.

»¿Es que la Tierra ha sido invadida por una raza superior durante mi ausencia?

El atribulado Conrad Wienner no empezaría a obtener respuesta a sus interminables preguntas hasta pasado algún tiempo, porque sucedieron muchas cosas, desde el momento en que decidió dirigirse hacia lo que él creía la madre tierra hasta que llegó.

Dos horas después, cuando ya volvía a navegar, ahora por control

directo, observó cómo una especie de lluvia de puntos fugaces en la pantalla, que parecían surgir de varios de aquellos mundos distantes.

Sólo fue un instante. Luego los puntos luminosos desaparecieron.

Seis horas más tarde, Conrad tuvo el primer contratiempo, al comprobar que los mandos no obedecían y que la «Blitz-F-2» se desviaba de su ruta.

Después empezaron las extrañas vibraciones.

Conrad se levantó de su asiento y trató de acercarse al computador astronómico. Lo que estaba ocurriendo podía ser analizado allí. Un cerebro mecánico era mejor para el análisis efectuado por unas impresiones mentales.

No llegó, empero, a su objetivo. La luz osciló de pronto. Sintió que le flaqueaban las piernas. Trató de asirse a algo, pero no lo consiguió y, un instante después, caía pesadamente al suelo, viendo que la luz terminaba por eclipsarse.

Fugazmente, tuvo el presentimiento de que estaba muriéndose.

* * *

Conrad Wienner no había muerto, ni mucho menos. Abrió los ojos y se encontró en una sorprendente sala, de paredes transparentes, tendido en algo parecido a un lecho, también de material semejante al vidrio, pero ligeramente blando o elástico, que se adaptaba a la forma de su cuerpo casi desnudo.

Movió la cabeza y no vio a nadie. Creyó, ver pasillos, salas enteramente vacías, todo iluminado por una luz clara, ópticamente agradable, y, al fondo, tras todas aquellas paredes de cristal, como unas formas verdes y amarillas.

Conrad trató de incorporarse y casi lo consiguió. Pero volvió a caer de espaldas, al verse el cuerpo, las manos y los pies… ¡Y contemplar su piel tersa, ligeramente sonrosada, regenerada y nueva!

Incluso se tocó el rostro. Sintió sus mejillas suaves, sin arrugas, de piel tirante, y el cabello corto, pero áspero y recio.

Entonces se incorporó de un salto. Todas las fibras de su cuerpo actuaron como cuando era joven. Sus músculos poseían elasticidad, agilidad y vigor. Se vio las manos suaves y cuidadas, sin arrugas, ni siquiera con cicatrices. Durante muchos años había tenido una señal en el dorso de la mano izquierda a consecuencia de una quemadura. Pero la huella había desaparecido.

Creyó ser otro ser completamente distinto. Y hasta el negro pantalón corto ajustado, elástico que cubría sus caderas, como un «slip» de baño, era desconcertante, puesto que no estaba tejido, ni cosido, sino que parecía una segunda y delgada piel sobre la suya propia.

Se levantó y miró en torno suyo. Observó el lecho sobre el que había estado descansando y vio que era una placa de algo transparente que parecía estar flotando en el aire. La tocó, comprobando que cedía a su presión, pero que recuperaba su posición anterior al soltarla.

Luego examinó el lugar donde se encontraba. Eran seis paredes transparentes exactamente iguales. Un cubo perfecto de cristal liso, con cuatro paredes, un techo y un piso. Debajo de él había más de aquellos cuadros transparentes. Y el fondo era como azulado. Las paredes estaban herméticamente cerradas, no había puerta ni ventana alguna y parecían muy resistentes.

Después de recorrer todos los ángulos, sin comprender nada en absoluto, sin saber dónde estaba ni cómo había llegado allí, Conrad volvió a la placa elástica y se sentó. Había observado que en las celdas o compartimientos contiguos había también aquellas placas rectangulares, pero en ninguna parte «flotaban» como la de él. Todas estaban descansando en el suelo.

Se sentó, haciendo fuerza con las manos, por temor a caer al suelo. La «cama» resistió perfectamente. Pero cuando alzó la vista, vio a una persona cerca de él, mirándole.

Conrad estuvo a punto de lanzar un grito de asombro, pero no lo hizo. Tampoco pudo levantarse, ni siquiera mover las manos ni los pies. De pronto, había quedado totalmente paralizado.

El individuo, que vestía una especie de bata hasta las rodillas, de un tejido amarillento, raro y semitransparente, era alto, delgado, de cabellos rubios y ojos claros y grandes.

Sus facciones eran correctas, sonreía amablemente y estaba completamente inmóvil.

— «¿Cu vi deziras scii ion? » (¿Desea usted saber algo?) —preguntó aquel extraordinario individuo, empleando una lengua que resultó vagamente familiar a Conrad.

— ¿Qué dice usted? ¡No le entiendo!

— Ah, comprendo. Habla usted el antiguo alemán. Todavía no se usaba el esperanto cuando usted se marchó.

Ahora el individuo se expresaba en alemán casi correcto. Sin dejar de sonreír, se acercó a Conrad.

— Disculpe que le tengamos encerrado aquí. Ignoramos cuál será su reacción. Le hemos examinado psíquicamente y nos ha parecido un hombre normal. Sólo nos hemos permitido el revitalizarle… ¿Me comprende usted?

— No. ¿Dónde estoy?

— En un viejo hospital.

— ¿Esto es un hospital? ¿En qué lugar? ¿Por qué no puedo moverme? ¿Qué me han hecho?

— Voy a permitirle mover la cabeza y los brazos. Espero que no intente agredirme. Le he inmovilizado. Me llamo Sank y soy…, ¿cómo decirle?… Una especie de médico psicoanalista… Comprenda usted que se me hace difícil emplear su idioma.

— ¿Qué lengua es la suya?

Conrad comprobó que, de pronto, sus brazos parecían haber quedado libres, así como su cabeza y el tronco, que podía mover a derecha e izquierda. Pero las piernas no le obedecieron, al intentar levantarse.

— Quédese quieto, por favor —rogó el otro—. Le hemos estudiado durante bastante tiempo y creo que es inofensivo. Sin embargo, debemos tomar ciertas precauciones.

—¿Por qué?

— Pues… No es usted como nosotros… Procede de otro tiempo.

— ¿Es esto el planeta Tierra?

El doctor Sank sacudió negativamente la cabeza. Luego se expresó así:

— Estamos en un antiguo hospital de Thaumas… Esto es el planeta Marte.

— ¿Marte? ¿El planeta rojo de los canales y las ruinas milenarias?

— ¿En qué época cree usted encontrarse?

— Pues… Bueno, yo salí de Ulm hace cincuenta y seis años.

— ¿Ulm? ¿El cosmodromo centroeuropeo del siglo veintiuno?

— Sí.

— Escuche y tenga calma. No dudo que saliera usted de la Tierra para una investigación espacial hace cincuenta y seis años. Para usted ha transcurrido ese tiempo. Pero no para nosotros… ¡Ha vuelto usted en la Era Artis-405! ¡Esto significa, poco más o menos, que usted ha permanecido fuera de aquí como dos millones ochocientos setenta y nueve mil quinientos ochenta años!

— No… ¡No es posible!

— Lo siento. Es verdad.

— ¡Casi tres millones de años de diferencia!

— Sí. Y no debía usted sorprenderse, puesto que los conocimientos iniciales del desdoblamiento del tiempo ya eran considerados en la antigüedad.

— Sí… Bueno…, yo pensé… ¡Dios mío, qué enormidad de tiempo! ¿Dónde he estado, pues?

— Eso tratamos de averiguar. La astronave fotónica en la que usted viajaba está siendo investigada por técnicos de los laboratorios astronómicos lunares. Todavía no hemos terminado el informe.

»Deseo que responda usted a una serie de preguntas preliminares.

— Sí, entiendo… Puede usted preguntar.

— ¿Se llama Conrad Wienner?

— Sí.

— ¿Era técnico en comunicaciones?

— Sí.

— ¿Estaba casado y tenía tres hijos?

— Sí. Oiga, ¿cómo han sabido todo eso?

— Lo hemos extraído de sus recuerdos. Tenemos medios para penetrar en la mente. En realidad, este interrogatorio es secundario. Sabemos acerca de usted todo lo absolutamente necesario.

»En cuanto tengamos el informe completo, lo enviaremos a Galars y allí decidirán. Siento tener que comunicarle que mientras habrá de permanecer usted aquí encerrado. Esperamos sus reacciones físicas. Como habrá comprobado, usted ya no es el mismo de antes. Todo su organismo ha sido revitalizado. No podíamos hacer otra cosa o se nos habría muerto antes de acabar la investigación oficial.

— No logro entender nada… ¿Cómo ha entrado usted aquí? ¿Qué mundo es éste? ¿Cómo han podido rejuvenecerme? ¿Qué ocurrió en la «Blitz-F-2»? ¿Y la extraña luna que contemplé unida a la Tierra?

— Puedo contestar a sus preguntas, señor Wienner —dijo el doctor Sank, sonriendo—. Espero que posea usted una mentalidad abierta, de lo contrario no podrá adaptarse a nuestro mundo actual. Le ruego también que perdone mis posibles errores, debido a que no estoy acostumbrado a expresarme en esta lengua ya muerta y olvidada.

»Le repito que el mundo del que partió usted se ha transformado extraordinariamente durante el tiempo de su desdoblamiento cósmico.

Los seres evolucionaron muchísimo, hasta llegar a lo que somos ahora. No se sorprenda usted si nos ve a todos iguales. En realidad, esta semejanza es sólo exterior.

»Nuestras mentes, que es lo importante, son distintas. Cada uno de nosotros ha sido preparado para una función diferente y concreta. Yo, por ejemplo, fui creado a ordenar y clasificar todos los estudios médicos del pasado. Mis conocimientos sobre medicina me han permitido, con la ayuda de mis colaboradores, revitalizarle a usted. Aunque debo advertirle que jamás he practicado esta operación. No es frecuente que alguien regrese del pasado.

»Formo parte de una raza supertécnica y especializada, de seres humanos que descendemos directamente de ustedes, al que consideramos un antepasado nuestro. Sin embargo, nuestro mundo se ha ampliado a todo el Sistema Solar y la población universal ha quedado reducida a unos pocos millones de seres. Concretamente, entre hombres y mujeres, somos nueve millones y medio en todo el sistema.

— ¿Nueve millones y medio? —preguntó Conrad, atónito.

— Sí. ¿Para qué más? Somos suficientes para la labor que estamos realizando. Con la ayuda de las máquinas, un hombre solo puede hacer un trabajo que antes necesitaba cinco o seis mil hombres.

»Hemos reducido nuestras necesidades básicas y hemos desterrado la muerte y las enfermedades.

— ¿Cómo? ¿Ya no se ponen enfermos ni mueren?

— No —contestó el doctor Sank, sonriendo—. Sabía que eso le alegraría. A nosotros no nos causa ninguna impresión. Pero es triste saber que nuestras vidas no tienen fin.

— ¡Es increíble! ¿Y soy como ustedes?

— Ahora, sí, aunque su mente sea terriblemente atrasada. Tendrán que transcurrir muchos siglos para que podamos despertar toda su capacidad mental. En verdad, no sé qué hará el Centro Mayor de Galars con usted, una vez haya estudiado nuestro informe. Puede que decidan dejarle como pieza de museo.

»Nuestra capacidad mental nos permite hacer cosas que usted ni ha soñado siquiera. Con el sólo deseo de mi mente, me teleporto al lugar que quiero. Mi ser se convierte en energía y sale de estas paredes para integrarse en el lugar que deseo. Por eso, no necesitamos medios de transporte, ni puertas para entrar y salir, ni siquiera necesitaríamos los pies y las manos, puesto que en nuestras mentes está el mayor poder que jamás haya tenido el hombre. La voluntad todo lo puede. Y usted

carece de ese dominio natural.

»Nuestros servicios de vigilancia extragaláctica le detectaron a usted y a su nave. Se ordenó salir a detenerle, para averiguar quién era y de dónde venía. Las líneas coincidentes de detección le interceptaron y su nave fue capturada y conducida al «Quantum-Sequin» lunar.

»Usted fue conducido aquí a través de una línea de energía, y le hemos estado investigando todo este tiempo. Cuando la doctora Lingbi sugirió que podía usted morir y que debíamos revitalizarle, aceptamos todos con agrado, aunque suponemos los contratiempos que eso va a significar.

»En nuestras doctrinas modernas no se concibe la muerte. Nadie, puede morir ahora, y nadie muere. Sin embargo, comprenda que no estamos muy seguros de sus reacciones.

— ¿No dice que leen mi mente? ¿Han visto instintos agresores en mí?

— No, por supuesto. Pero los impulsos pueden surgir en cualquier instante. Su cerebro es primitivo y simple.

Conrad trató de sonreír, sin mucho éxito.

— Fui elegido para formar parte de la expedición del coronel Usiskin por tener un dominio equilibrado de mí mismo. Y durante todo el tiempo que duró el viaje, jamás se alteraron mis nervios. No creo, por tanto, necesario que me tengan aquí encerrado e inmovilizado.

— Es una simple precaución. Elegimos este viejo hospital, utilizado en tiempos de la contienda con los seguidores de Regnak, hace unos diez siglos. Como ve, los materiales con que se construía entonces todavía se conservan.

— ¿Qué es esto? —preguntó Conrad.

— Material plástico. Cloruro de pentaliuro ósmico. Es isotérmico y permite la ventilación al mismo tiempo.

—¿Y este lecho?

— No creo que comprenda usted lo que es la estabilidad del equilibrio por antigravedad. Debajo de esa plancha de tetralión hay algo así como una condensación de moléculas magnetizadas estables, cuya cohesión sostienen el peso que se les ponga. No se hundirá usted jamás, a menos que retiremos la magnetización molecular. Eso lo logramos también por fuerza mental.

— ¿Y las funciones fisiológicas?

El doctor Sank sonrió.

— No experimentará usted ningún deseo, excepto el de regenerar su

energía, función que su organismo realizará sin su ayuda. De todas formas, cuando necesite la vitalización, espero que ya esté fuera de aquí. Nosotros sólo una vez al año nos alimentamos ingiriendo las «vitomas».

»No hay defecación. Y la nitrosis se efectúa por exudación lenta e imperceptible. Piense que nosotros podemos respirar cualquier tipo de atmósfera, por muy viciada que esté. El oxígeno desapareció hace muchísimos años. Ahora realizamos funciones distintas, adaptadas al ambiente en que vivimos. El cerebro sólo necesita hidrogenación… No tema, jamás padecerá neuralgias.

— Es portentoso cuanto me cuenta, doctor Sank. ¿Quiere esto decir que hubiese muerto si no logro llegar a tiempo a nuestro Sistema Solar?

— Por supuesto. No habría podido vivir mucho tiempo más. La doctora Lingbi fue quien hizo las pruebas de su metabolismo y nos urgió la inmediata revitalización.

— Entonces ¿no cree usted posible mi reincorporación a este mundo? —quiso saber Conrad.

— Lo dudo muchísimo.

— No quiero causarles trastornos, pero me gustaría averiguar lo que fue de mis hijos. ¿Hay modo de conseguirlo?

— En Galars está el archivo social, que es una especie de museo de historia. No puedo decirle lo que le ocurrió a la gente que vivía en su época. Sé que hubo guerras devastadoras. Que llegaron seres procedentes de otros mundos y dominaron el planeta, pero la estirpe humana se sublevó, siglos después, logrando expulsar a los «kroeos» de todo el sistema. Posteriormente, los exterminaron en la batalla sideral de Marzuk.

— Mi familia vivía en Ulm —indicó Conrad.

— ¿Qué espera usted encontrar, después de dos millones ochocientos setenta y nueve mil quinientos ochenta años, señor Wienner?

Conrad abatió la cabeza.

Capítulo III

LOS HIJOS DE LA CIENCIA

Ignoraba el tiempo transcurrido en su encierro. Allí, el tiempo no podía medirse con nada. Conrad había comprobado que sus ojos ya no se cerraban porque no había noche ni necesitaba descansar. El lecho de tetralión se lo habían colocado para que se rehiciera después de la revitalización orgánica.

Tampoco sintió apetito, ni sed. Su existencia era una continua vigilia, despierto siempre, tratando de comprender el mundo en que vivía.

El doctor Sank vino a verle varias veces. Aparecía y desaparecía ante sus ojos como si fuese una figura proyectada por algún misterioso cinematógrafo holográfico teledirigido. No parecía real, excepto cuando le hablaba, esforzándose por extraer de los rincones de su mente la lengua muerta y olvidada que sólo conocía Conrad.

Sin embargo, un día mientras paseaba despacio por su celda de cristal, el prisionero sintió como un desvanecimiento. Creyó que se le nublaba la vista, pero un instante después se encontró ante una figura extraordinaria, en un lugar al aire libre —si a la escasa atmósfera que le rodeaba podía llamársele aire—, y junto a un paisaje rojizo, de extrañas ruinas de piedra.

La figura que tenía delante era una mujer, que vestía una bata semitransparente, a través de la cual se podían ver sus redondeados senos, no muy protuberantes, su vientre y el ajustado «slip» negro que cubría sus caderas.

Además tenía en la mano una bata igual que la que llevaba puesta.

Sonriendo, aquella mujer singular, de rasgados ojos claros, pelo amarillento y labios rojos, se le acercó y su primer gesto, ante el estupor de Conrad, fue besarle en ambas mejillas. Luego le tendió la bata o el

impermeable.

— Toma, Conrad Wienner. Ponte esto.

— ¿Quién…?

— Mi nombre es Vlida Lingbi. El doctor Sank te habrá hablado de mí. No he querido verte antes porque entre mis antepasados no hubo alemanes. En mi herencia genética no había, pues, recuerdo alguno de tu lengua. Y he necesitado aprenderla. Es lástima que tú no puedas comunicarte con nosotros mentalmente.

— ¡Habla usted un alemán muy… correcto!

— Creo que lo he aprendido bien. Y no me hables de usted, por favor. Deseo ser tu amiga.

— ¿Por eso me has sacado de mi encierro?

— El doctor Sank y los otros se han marchado a la Tierra. Estamos solos en Thaumas.

— ¿Solos tú y yo en este planeta?

— No del todo. Hay varios ingenieros térmicos en las galerías de Sanpoor, a dos mil metros bajo tierra. Buscan metales raros. Pero no creo que se les ocurra venir por aquí. Ven, te enseñaré el laboratorio.

— ¿Dónde está? —preguntó Conrad, mirando en derredor.

— Debajo de esas ruinas. Entremos…

Conrad volvió a sentir de nuevo el leve aturdimiento producido por la traslación de la energía mental. Ahora se encontró en una vasta sala, perfectamente iluminada, donde había «cosas» que en nada podían ser calificadas como máquinas o instrumentos de laboratorio. El diseño era increíble, y las formas, desconcertantes. Sin embargo, Vlida Lingbi le dijo que allí habían revitalizado su organismo.

— Esto no se hubiera usado de no haber aparecido tú —dijo Vlida, señalando a su alrededor.

Ella se había materializado a su lado casi un segundo después.

— Pero ¿qué es todo eso?

— Un centro de estudios biológicos. Aquí estudiamos la medicina antigua y clásica, con objeto de obtener información. El Centro Motor de Galars quiere obtener datos del pasado. Empiezan a temer, supongo, que regresen más tripulaciones perdidas en lejanas épocas.

— ¿Es que no soy el único caso?

— Por supuesto que no —contestó Vlida, sonriendo con gracia exquisita—. Ya existen como una veintena de astronautas que arribaron a nuestra época. Claro que esto sucedió hace tiempo. El último fue en la

Era Siran-Novecientos Quince… Hace diez mil años solares.

Conrad no salía de su asombro, mirando a la singular mujer.

— En Galars se encuentra el archivo general de Historia. Te agradará verlo. Sólo pasando allí algún tiempo, creo yo, se puede comprender toda la evolución de nuestra raza desde el principio de los tiempos.

»Y será valiosa tu aportación para obtener conocimientos de tu época. Claro que Sank y los otros ya han llevado un informe completo, extraído de tu mente. Pero los funcionarios de clasificación querrán aclarar datos.

Conrad estaba mirando una máquina, de color blanco, situada junto a ellos.

— ¿Te interesa el «hemoglobinador»? —preguntó Vlida.

— No particularmente —respondió él—. Quisiera saber tantas cosas que dudo mucho se me pueda explicar todo. ¿Para qué sirve?

— Crea, por síntesis, un tipo de sangre humana completamente pura. Es la que llevamos en las venas. Todo nuestro organismo está necesitado de ese riego sanguíneo que nos permite vivir.

»Parece ser que la evolución natural jugó algunas malas pasadas a nuestros antepasados, por vicios, defectos y enfermedades naturales y propias de su época. Se produjeron regresiones fatales, epidemias que se extendían por contagio. De haber podido disponer entonces de un «hemoglobinador» como éste, muchas de aquellas enfermedades se hubiesen evitado.

— ¿Por qué ha disminuido la raza? ¿Ya no nacen niños?

Vlida se sonrojó.

— Muy pocos. No tenemos oportunidad.

— ¿Qué significa eso?

— Los hombres piensan de modo distinto al de antaño. No se muere jamás. Uno es su propia familia. Y engendrar hijos no conduce a nada. Nuestra sociedad no vive como antes. Todos somos libres.

— ¿Y el amor?

— Es un recuerdo. Yo también tengo muchísimos años. ¿Cuántos me calculas, a pesar de mi aspecto juvenil?

— No sé… Es imposible decirlo —declaró Conrad, mirando a Vlida Lingbi de pies a cabeza.

— Sé que te turba ver mi cuerpo a través de la bata. Si lo deseas, me cubriré. Nosotros hemos olvidado el pudor… Tengo veinte mil años.

Conrad pareció sufrir un colapso. Ella continuó:

— El doctor Sank es mucho más viejo. Y Peer tiene cincuenta mil… ¡Ah, tú no has conocido a Peer! Él cuida de nuestro metabolismo.

— ¿No os cansa vivir tanto?

— ¿Por qué habíamos de hastiarnos de la existencia? Es grato sentir, percibir, emocionarse, aunque cada día sea más difícil hallar sensaciones nuevas. Pero la vida no nos pertenece. Por desgracia, hay accidentes. Carke, el matemático, murió hace dos eras, en un volcán de Kriiv. Resbaló y se precipitó dentro de la masa ardiente. Era un hombre muy querido de todos nosotros.

— ¿Os conocéis todos? ¿Qué lenguaje empleáis para comunicaros?

— No, no conozco a todos mis semejantes. Pero sí a más de un millón de ellos. Y hablamos poco. Nos comunicamos los pensamientos por telepatía. Sin embargo, no es conveniente perder el don del lenguaje. Nos debemos sentir muy orgullosos de esta cualidad atávica, gracias a la cual hemos progresado. Por eso, radiamos constantemente a todo el sistema páginas gloriosas de nuestra literatura poética universal. El oírlas en la voz de Gaskma nos permite ejercitar el lenguaje, que no se pierde. También podemos enviar a Gaskma nuestros ensayos, que son leídos…

— ¿No será la radiación que capté mientras navegaba en la «Blitz-F-2»? —preguntó súbitamente Conrad Wienner.

— Exactamente. Era la voz de Gaskma —dijo Vlida, para añadir—: «Koek-kie-okta-ekko-ik-tikek- kok».

— ¡Exactamente! ¿Qué quiere decir eso?

— ¡Hum! Casi resulta imposible traducirlo a tu lengua. Son una especie de ideogramas monosilábicos. Esos sonidos tuvieron su origen en vibraciones acústicas que excitaban partes sensibles de nuestras mentes. Eran como abstracciones de sonidos de todas las lenguas.

»En la antigüedad, cada pueblo o región utilizaba un lenguaje distinto. Al hacerse más rápidas las comunicaciones, al viajar más, con la radio y la televisión, se desvanecieron las fronteras. Y de los grandes idiomas nacionales se formó la lengua internacional esperanto que se habló en todo el mundo durante bastante tiempo… Más de cien siglos. Aunque al final, como debes suponer, en nada se parecía a la ideada por el doctor Zamehoff.

»Para entonces, los seres humanos habían ejercitado ya sus poderes extrasensoriales y paranormales. Dos personas se podían entender perfectamente por medio de las ondas mentales. Y cuando se

estimularon adecuadamente las neuronas psíquicas, quedó establecido el lenguaje natural de la mente.

»¿Qué había ocurrido con nuestros cerebros? Era simple. La humanidad buscó siempre en las máquinas biónicas un medio para ampliar sus conocimientos y poderes. Y lo singular era que habíamos llevado dentro de nosotros esos conocimientos y poderes de modo inconsciente.

»Poseemos un verdadero tesoro oculto en el cerebro. Creo que aún queda bastante por descubrir, dentro de nosotros mismos, en esos, llamémosle circuitos impresos de nuestras cadenas psíquicas. Pero, desde luego, el poder mental del hombre tenía que ser superior al poder ciego y desencadenado de la naturaleza.

— No acabo de comprender todo lo que dices —confesó Conrad.

— Debes creerme. Es cierto. Sé, por ejemplo, que vas a formularme una pregunta que te inquieta.

— Sí, iba a preguntarte la causa de mi regreso… ¿Cómo pudo ser?

— Muy sencillo. Navegando en línea recta, vuestra nave espacial trazó una amplísima elipse. ¿Te extraña? No existía en tu época comprobador alguno para determinar la diferencia entre una línea recta y una curva a escala cósmica.

»Ésa ha sido la base fundamental del progreso humano. Sobre una superficie reducida, la recta era sólo aparente. Dentro del orden de las grandes singladuras espaciales, una recta es siempre una curva. Curioso, ¿verdad? Desde luego, no había engaño. Los matemáticos de la antigüedad vislumbraron esta posibilidad.

»Y lo que ocurrió contigo es que diste la vuelta a la Galaxia y regresaste al punto de partida. La curvatura del espacio-tiempo realizó el desdoblamiento del tiempo.

»Todo eso tiene una explicación muy sencilla. El ejemplo lo tenemos aquí mismo. Marte, al girar sobre su eje, tarda veinticuatro horas aproximadamente. Si salimos en una nave, en dirección oeste-este, a la misma velocidad de rotación del planeta, regresaremos al punto de partida… ¡a la misma hora en que salimos!, puesto que habremos ido recorriendo los mismos husos horarios del planeta.

»Pero ¿y si aceleramos la nave y volamos a más velocidad que el movimiento de rotación de Marte? En tal caso, «llegaremos antes de haber despegado». Y, por tanto, hemos avanzado en el tiempo.

»Eso, más o menos, te ocurrió a ti al circunvalar la Galaxia… Has llegado una enormidad de años después de haber salido. Y, por tanto, la

computadora astronómica de tu nave no reconoció la actual posición de las estrellas; primero, porque las veías desde un punto diametralmente distinto al que estabas acostumbrado a verlas, y segundo, porque habían cambiado de posición, por ese continuo desplazamiento que experimentan los cuerpos estelares y que nosotros llamamos «pulsación».

* * *

— ¿La Tierra? ¡Mírala allí! —Vlida señaló un punto brillante en el firmamento marciano—. Es aquel punto brillante. Puedo ir allí ahora mismo, si lo deseo. Sólo tengo que concentrarme, desintegrarme aquí y materializarme allí.

— ¿Así de simple? —preguntó Conrad, asombrado.

— Ni más ni menos. Toda la materia física que hay en mí se transforma en energía que mi mente controla y mantiene reunida. Esto tiene su origen en las antiguas grabaciones. Primero se logró grabar la voz en una cinta magnética. Después se grabó también la imagen. Posteriormente, se grabó o almacenó la materia. De ahí a grabar la energía sólo había un paso. Se desintegraba aquí una roca y toda la materia era enviada por ondas al lugar deseado. Allí se la componía de nuevo y la teleportación se había realizado, sin pérdida alguna.

»Cuando supimos que nuestro cerebro podía realizar también la teleportación, se suprimieron las máquinas intermediarias. A eso llamamos líneas de coincidencia energética. En realidad, nosotros somos esas líneas.

»El Centro Motor de Galars te detectó, a bordo de tu nave. Fueron enviados a varios funcionarios de inspección sideral y te interceptaron. Te trajeron aquí, mientras tu nave era enviada a la Luna.

— ¿Y la otra luna que vi, sujeta a la Tierra?

— ¡Oh, eso es uno de los maravillosos trabajos de la antigüedad! Se hizo después de la Era-Regnak. No se trata de otra luna, sino de un gran reflector parabólico, cuya finalidad es disipar las tinieblas de la Tierra. Ahora siempre hay allí luz solar sobre los dos hemisferios. Piensa que muchas de nuestras grandes obras funcionan con energía solar. Al ocultarse el sol, las máquinas perdían potencia.

»Esa obra se llama Kualp. Te darías cuenta de que seis enormes tubos unen Kualp con la Tierra. Son túneles que ya no se utilizan, pero sirvieron para el transporte de la energía solar, recogida a cien mil

kilómetros de altura, sin interferencias radiactivas.

»Le tenemos cariño a Kualp, aunque ya sólo nos sirva para mantener iluminado el planeta. Las baterías regeneradoras ya ni siquiera funcionan. Toda aquella instalación sirve para ir allí de paseo, como se va todavía a contemplar las pirámides de Egipto.

— ¿Aún se mantienen en pie?

— Por supuesto. Tenemos especial cuidado de conservar todos los monumentos famosos históricos.

— ¿Cómo son las ciudades de ahora?

— Muy distintas, desde luego, a como eran en tu época. La Tierra ha sufrido una transformación enorme. La geología cambió la faz del planeta. Ya no quedan montañas, ni mares, ni ríos. Ni hay tormentas, ni lluvia natural, ni vientos. Todo está controlado, dominado, organizado para la vida actual.

»Te sorprendería ver una de nuestras viviendas. En ellas podemos aislarnos totalmente de nuestros semejantes. Las ondas mentales no penetran los muros magnéticos que preservan nuestra intimidad. Sin embargo, la gente es sociable y le gusta reunirse con sus semejantes.

»Como apenas tenemos necesidades, se ha suprimido todo lo superfluo, como son cocinas, comedores y cuartos de aseo.

— ¿No os bañáis ahora?

— No como antes. La higiene era necesaria para evitar enfermedades. Como somos inmunes a ellas, lo único que hacemos es frotarnos, de vez en cuando, con productos químicos, porque nuestro olfato es muy sensible.

»En realidad, las viviendas, que ocupan casi toda la superficie del planeta, están muy separadas unas de otras, aislada, protegidas por árboles y plantas artificiales. Una morada para cada individuo. Y por dentro son como una especie de laboratorios, con las máquinas e instrumentos propios de la profesión del que la habita.

»Cultivamos el arte, la música y estudiamos problemas matemáticos de gran alcance. No hay escuelas, porque apenas hay niños, ya que la experiencia es la mejor pedagogía; por supuesto, no hay nadie que mande sobre los demás, excepto el Centro Motor, que es una asociación universal que sólo aconseja lo que es conveniente hacer en beneficio de todos.

»Esa conciencia universal que poseemos ahora ha sido evolutiva y no nos ha sido impuesta. Esto es muy importante, pues ello nos ha conducido hacia el sendero natural del hombre, que es el estado

superior de conciencia.

»Nosotros sabemos que nos falta mucho para igualar a Dios, al que veneramos como espíritu multi-dimensional, y, por tanto, superior. Pero confiamos en llegar hasta él por un camino que no es el de la muerte, como antaño, en que era preciso morir para conocer la realidad espiritual.

»Nosotros concebimos múltiples dimensiones naturales. Pero vivimos únicamente en cinco. Tres son las que ya conoces. La cuarta es el tiempo, y la quinta, la energía.

— ¿Y cuáles son vuestras aspiraciones o inquietudes? —quiso saber Conrad, mirando con fijeza a su compañera.

Vlida tardó unos instantes en responder. En sus facciones no se alteró un solo músculo, como si no los tuviera. Sin embargo, Conrad creyó captar cierta emoción, que sólo podía surgir de su poderoso cerebro.

— Hay mucho todavía por hacer, Conrad.

— ¿Qué, por ejemplo?

— Rectificar todos los errores que cometieron nuestros antepasados.

— Pero… ¡eso es imposible! Lo hecho, hecho está.

— Si fue mal hecho, muchos seres inocentes pagaron las culpas de otros. En eso llevamos trabajando desde hace siglos. Es difícil, pero no imposible.

»El pasado, precisamente, la época de la que tú vienes, es lo que más nos preocupa. Debes comprender que sin el pasado nosotros no estaríamos donde estamos. La humanidad ha seguido una evolución lógica y natural.

»Pero no es justo el inmenso sacrificio de tantos billones de seres como los que han vivido en nuestro mundo, para que nosotros gocemos de los beneficios obtenidos por ellos.

— No lo creo yo así. Esos beneficios os pertenecen a vosotros.

— Te equivocas. Sin la ayuda de todos nuestros antepasados, nosotros estaríamos, poco más que en la época de las cavernas. Pero es posible cambiar la historia. El pasado existe todavía… ¡Tú eres una prueba de ello!

Conrad Wienner empezó a comprender y tembló.

Capítulo IV

DIMENSIONES DESCONOCIDAS

Conrad formuló su pregunta, mientras visitaban las multimilenarias ruinas de Thaumas, admirando los restos de las piedras que modelaron y trabajaron los seres de una raza ya extinta, anterior a la humana, y de cuya cultura conservaban los hombres enseñanzas increíbles.

Vlida, que estaba captando los pensamientos de su acompañante, se detuvo y se volvió para mirarla, aunque podía verle con los ojos cerrados, porque su mente estaba en él.

— ¿Puedo volver a mi época?

— Sí —contestó Vlida gravemente—. Puedes volver. Y, de hecho, tendrás que hacerlo. Pero será en unas condiciones que no te favorecerán nada.

»Quiero explicarte algo, Conrad. Te he tomado mucho afecto al conocer tu odisea. Casi puedo decir que he sufrido, al saberlo, tanto como tú, segundo a segundo, dentro de tu nave espacial, durante esos cincuenta y seis años de tu vida.

»Confieso que soy extremadamente sensible. Y una de las mayores alegrías de mi vida ha sido salir con frecuencia de mi dimensión y volver al pasado. Unas veces, lo he hecho en cuerpo y alma. Otras, en espíritu sólo. Fui reconvenida por ello. Pero otras personas también lo hacen.

»Nosotros amamos a nuestros semejantes con mucha más intensidad que vosotros. El amor lo es todo, porque sin amor no habría esperanza para nadie.

»Y amamos a todos los seres humanos que vivieron tristemente en el pasado y gracias a cuyas vidas nosotros hemos alcanzado este bienestar espiritual. Aquellos seres, tú entre ellos ahora, merecen algo más que

nuestra gratitud. Por eso tratamos de ayudarles en sus momentos difíciles.

»Naturalmente, poca cosa podemos hacer, debido a que somos un número muy reducido, en comparación con los billones de seres que han vivido en todas las épocas. Hemos calculado un número, seguido más de cien mil ceros, de personas que han nacido de nuestra raza. Algo así como mil millones multiplicados otras tantas veces por sí mismo.

»Y sólo nosotros hemos logrado la inmortalidad. ¿No te parece injusto?

— Supongo que nadie tiene la culpa de ello.

— No, por supuesto. La culpa no la tiene nadie. Fue preciso que ocurriera así, para que nosotros disfrutemos ahora de tal privilegio. Y por ello no descansaremos ninguno hasta compensar adecuadamente a todos los que nos precedieron por el sacrificio que hicieron.

»Llegará el día en que podamos hacerlo por medio de una regresión inmaterial del tiempo. Sus cuerpos murieron, por supuesto, pero sus espíritus perviven. Y nosotros los haremos regresar al pasado, formando líneas de regresión material.

— No entiendo cómo puede ser eso. De Adán y Eva hasta aquí han muerto muchas personas, cuyos cuerpos no pueden ser integrados.

— Pero de Adán y Eva hacia atrás, sí es posible la regresión inmaterial. El espacio es infinito en las direcciones pasado-futuro. Jamás llegaremos al fin del pasado, como tampoco alcanzaremos, en la dirección que seguimos ahora, el fin del futuro.

Conrad se vio obligado a sacudir bruscamente la cabeza, como hace un perro al salir del agua.

— Esos conceptos… No puedo comprenderlos.

— Es lógico, Conrad. Déjame que te exponga algunos ejemplos sencillos. Tal vez así lo intuyas, al menos. Tú mismo puedes servirme de muestra para ilustrarte. Imagina que tú, libremente, eliges la época más feliz de tu vida. Podría ser cuando vivías en Ulm, con tu esposa e hijos, antes de emprender el viaje que te ha traído hasta aquí.

»Ése es el momento en que un hombre como tú desea conservar siempre. Es joven, feliz, se siente amado, recompensado, y goza plenamente de sus sentidos. Si pudiera retroceder en el tiempo, llegaría a ser un recién nacido; después, nada. Si, por el contrario, pudiera avanzar, cosa que en realidad hace, llega a perder todo aquello que tenía, juventud, felicidad y amor, y termina por morir.

»Todo esto era así, en tu tiempo. No podía ser de otra manera,

porque la vida natural exigía inexorablemente la continuidad, la superación, y luego había que dejar el puesto a otros.

»Como ley natural, era perfecta. Pero en nuestro orden de cosas, aquello fue un sacrificio que hicisteis en nuestro beneficio.

— Un sacrificio inevitable.

— ¡La muerte es evitable, Conrad! —exclamó Vlida, con energía—. Por ello, es inicuo que nosotros permanezcamos cruzados de brazos sin tratar de solucionar un problema que nos afecta de modo tan directo. Nada de lo que hay hecho puede modificarse.

»Si nosotros impedimos que alguien muera en su época, alguien por insignificante que sea, cambiamos el curso de la historia —¡no escrita, sino la real, la verdadera!—, porque un objeto, aparentemente sin importancia, como lo fue la caída de una manzana, condujo al descubrimiento, por Isaac Newton, de la ley de la gravitación universal.

»Piensa en el soplo de aire que hizo caer la manzana, en qué circunstancias llegó Newton a tenderse debajo del manzano, en quién plantó el árbol en aquel sitio, en el calor que hizo madurar el fruto, en el agua que alimentó sus raíces.

— Pero otro hombre cualquiera pudo haber descubierto aquella ley. Era algo que existía ya, pero no estaba enunciada —argumentó Conrad.

— No hablamos de lo que pudo haber sido, sino de lo que fue y cómo fue. Eso ilustrará mis ejemplos. ¿Fue una circunstancia casual?

— Supongo que sí.

— Te equivocas. No, no lo fue. Nada hay casual en la inmensidad del Universo. Todo obedece a unas leyes que nosotros hemos descubierto en parte. ¿Qué contestarías si te digo que yo pude estar junto a Newton en el instante aquel y, utilizando el factor «manzana-caída», introducir en su mente el germen de la idea general de la gravitación universal? ¿Crees que no la conozco mejor que él?

»Yo, o cualquiera de mis semejantes, pudimos estar en Austerlitz la noche del uno al dos de diciembre de mil ochocientos cinco, de la Era Cristiana, y sugerir secretamente a Napoleón cómo debía plantear la batalla contra austríacos y rusos.

»Yo pude inspirar a Edison la lámpara eléctrica y el gramófono, y a Monturio!, el submarino. Pude sugerir a Felipe II el envío de la Armada Invencible contra Inglaterra y a Leonardo guiar el pincel sobre los labios de ”La Gioconca”.

»¿Por qué crees que la historia de la humanidad ha de ser como fue y no de otra manera?

— ¿Habéis intervenido en los grandes acontecimientos de la historia?

— No, exactamente, Conrad. Puedo decirte, sin embargo, que, como pasatiempo, hemos ayudado y contribuido a ciertos cambios. Lo que nos proponemos hacer es una modificación total, una regresión inmaterial, facilitar la vida inmortal, pero inmaterial, a todos los seres que vivieron antes que nosotros.

»Es decir pretendemos establecer un punto inicial llamado cero, del cual partirá, en direcciones opuestas, el pasado y el futuro. Es la solución más idónea para que, sin encontrarse jamás, como no sea en el infinito, cosa que dudamos, nuestra raza quede resarcida de cuanto hemos conseguido entre todos y que disfrutamos nosotros solos.

Como aturdido, Conrad observó:

— No lograré entenderlo jamás. Todo cuanto me has dicho está fuera de mi compresión.

— Atiende bien, Conrad. Olvida que te encuentras aquí. Piensa en el año dos mil cincuenta y dos, cuando te entrenabas en Ulm para emprender tu viaje.

»Aquélla es la época feliz de tu vida. Tú la eliges libremente. Pues bien. En aquel preciso instante se iniciará tu regresión inmaterial. Permanecerás así eternamente, avanzando en un sentido físico estable, pero con dirección al pasado, para no encontrarte jamás con nosotros.

— ¿Y mi familia? ¿Serán mis hijos siempre niños y estarán a mi lado toda la eternidad?

— No, eso es imposible. La regresión inmaterial es personal. Ellos continuarán viviendo su existencia hasta que decidan «detenerse» en la época feliz, donde, a su vez, iniciarán la regresión inmaterial. En el orden temporal, los años que separan una familia o un ser querido de otro no significan nada. Tampoco hay gran diferencia entre los hombres de las cavernas y los habitantes de Nueva York en el siglo veinte.

»La estabilidad se habrá compensado en unos centenares de miles de años. Luego la humanidad marchará unida, dispersa por el cosmos, donde hay sitio para todos, gozando de una inmortalidad que nosotros hemos conseguido para ellos, con el esfuerzo de todos.

»Ahora nuestra única acción consiste en aisladas y esporádicas intervenciones en el pasado personal de tal o cual persona. Somos como una tabla de salvación para el náufrago, rayo de luz para el ciego, orientación para el demente o medicina para el enfermo.

»Habrás oído hablar en tu época de intervenciones milagrosas, que

se atribuían, en principio, a la influencia de tal o cual santo; más tarde, estos hechos sobrenaturales tuvieron otra explicación paranormal, pero continuaron repitiéndose. Psicoanalistas, neurofisiólogos e investigadores del subconsciente creyeron ver en tales hechos algo así como premoniciones, desdoblamientos psíquicos y metafísicos que no podían comprender.

»Pues bien, nosotros somos responsables de todos aquellos hechos sobrenaturales, por ese afán de ayudar, socorrer y compensar al desvalido, cuyas plegarias se alzaban a Dios. Ignoramos todavía si llegaban a Él y se nos ordenaba atenderlas o si la mayoría eran remediadas por espíritus buenos con facultad física para realizarlas.

»Concretamente, Conrad, yo supe que iba a producirse un accidente aéreo, en un avión comercial que hacía la travesía Londres-Nueva York. Inmediatamente, advertí a una pasajera que viajaba con un niño. Tú dirás que podía haber advertido al piloto y el resultado hubiera sido el mismo. Pero aquella joven madre estaba dormida y, por tanto, su subconsciente velaba y podía recoger más fácilmente mi mensaje.

»La mujer recibió con toda claridad la visión de lo que iba a ocurrir, y se despertó sobresaltada, abrazando a su pequeño. Luego corrió hacia la cabina de los pilotos, pero nadie quiso creerla. Y faltó poco para que incluso se burlaran de ella.

»Yo, mientras, sonreía. Conocía el resultado de todo. No había peligro alguno ya. El accidente fue evitado.

— ¿Cómo? —preguntó Conrad, vivamente interesado en la historia humana.

— El piloto, pese a no creer en el sueño de la pasajera, revisó los instrumentos. Y, sin proponérselo, rectificó el circuito que iba a producir el siniestro.

Pero si yo no intervengo, el avión se hubiese incendiado en el aire y hubieran muerto todos los pasajeros.

— No murieron. Por tanto, no hubiesen muerto —objetó Conrad—. Lo que no fue, jamás pudo haber sido.

— ¡Qué equivocado estás, amigo mío! El destino no fue una invención poética del hombre. El destino existe antes que la humanidad. Es un concepto irreversible de hechos que siguen un proceso lógico de continuidad.

»Nosotros, sin ir más lejos, poseemos en el Centro Motor de Galars una máquina clasificadora de datos y procesos que posee múltiples dimensiones. Esa ordenadora es complicadísima, puesto que se la está

alimentando con informes recogidos de todos los tiempos, para que nos cree una concatenación nueva y perfecta, de la que todos formaremos parte. No sé el tiempo que lleva esa máquina funcionando, ni cuánto le falta para completar su proceso. Tal vez sea eterna también.

»Lo que intentamos es revelar el destino con ella. Y de este modo, la encadenación será lógica y no casual. La manzana de Newton caerá por una razón lógica e irrefutable, y nosotros no tendremos que estar interviniendo continuamente para evitar accidentes y desgracias.

»Un hombre del pasado se pone enfermo. Su familia está apenada, angustiada, temen perder el ser querido. La enfermedad era una plaga en el pasado.

La medicina solucionó muchos casos. Otros, los menos, los solucionamos nosotros.

»Un hombre ebrio, al volante de un automóvil, podía causar su muerte y la de otras. Una mano metafísica le guiaba y le protegía. Durante una guerra, una bomba cayó sobre una casa. Debía estallar y destruir varias vidas. Pero la espoleta no funcionó.

»Y así podría explicarte millones de ejemplos que hemos solucionado, cambiando, claro está, el curso de la historia.

»Pero eso no puede continuar, porque cada vez está el pasado más enrevesado y la encadenación lógica de los hechos es más compleja. Se trata de que dejemos nuestros entretenimientos humanitarios y hagamos algo definitivamente por los seres que vivieron en épocas anteriores a la nuestra.

»Eso es la regresión inmaterial del tiempo o el relevo del destino, para que la humanidad goce del privilegio que nosotros gozamos ahora.

»Tú podrás ser siempre Conrad Wienner en la época que te corresponde, y yo seré Vlida Lingbi en la mía.

* * *

Aquel túnel se ensanchaba al terminar la rampa inclinada, para convertirse en una galería inmensa, donde se veían extraños edificios de arquitectura complicada.

— ¿Quién vivió aquí?

— Los marcianos — contestó Vlida —Vivieron muchos siglos antes que nosotros. Pero estas ruinas subterráneas no fueron descubiertas hasta el siglo veinticinco de la Era Cristiana. ¿Quiénes fueron? No hemos tenido jamás la más mínima relación con ellos, aunque alguno

pudo dar origen a nuestra raza.

»Se extinguieron, no sabemos cómo. En realidad, su historia no nos afecta. En los dominios supremos de Dios, tal vez tengan una importancia espiritual extraordinaria. Y hasta puede que su ciclo metafísico se haya completado y cerrado y estén ahora ocupando alguna de las múltiples dimensiones desconocidas del universo.

»Fueron mucho más antiguos que nosotros…

— ¿Es ése nuestro destino? —quiso saber Conrad, mirando una impresionante escultura de forma inconcreta.

— Tal vez. Cada raza tiene su destino, igual que cada ser, o cada cosa. Pero hay que hallarlo, aceptarlo. ¿Crees que entre nosotros hubo seres que murieron por error?

— Me cuesta creerlo.

— Pues no lo dudes. Nosotros hemos devuelto la vida a mucha gente que murió por error. Es lo más sencillo. Sus deudos, incluso los profesionales de la medicina, dieron por muertas a muchas personas. Éstas volvían a vivir al cabo de cierto tiempo, por lo general breve. La explicación que daban todos era que la muerte no fue real. Catalepsia o suspensión temporal del fluido vital. Había que decir algo. O no decir nada, clasificándolo como un simple fenómeno. El interesado no llegaba a saber jamás que había estado muerto. El sueño profundo o la hipnosis causaba el mismo efecto.

»¿Quieres que hagamos una prueba? Ahora que estamos aquí y ninguno de los míos puede vernos, juguemos un poco a rectificar el pasado. ¿Quieres que te lleve a cualquier época, a la tuya, por ejemplo, e intervengamos en algo que remedie una necesidad?

— ¿Puede ser? ¿Es posible que yo pueda acompañarte?

— Por supuesto —contestó Vlida, sonriendo—. Naturalmente, nadie va a vernos, a menos que sea absolutamente necesario. Pero nosotros veremos y oiremos todo lo que digan ellos.

»No te preocupes de nada. Saltar al espacio y retroceder en el tiempo podemos hacerlo con facilidad. Incluso puedo llevarte y traerte. Para nosotros no transcurrirá tiempo alguno. Será instantáneo, como son las impresiones mentales. Pero en la época a que vayamos, nuestro tiempo será el de ellos.

»Esto es otra dimensión desconocida, Conrad. ¿Vamos?

Capítulo V

SALTO EN EL TIEMPO

— ¿Qué lugar es éste? —preguntó Conrad, mirando en torno suyo, y viendo numerosas personas inmovilizadas, en distintas actitudes incomprensibles, con ropajes de principios del siglo veinte, extraños objetos, decoraciones como de teatro y focos de luz blanca.

— Esto es un estudio cinematográfico de Hollywood, en los balbuceos del cine. Sam Holstein dirige todo esto. Es aquel hombre que está allí con las manos en la cabeza, ante la enormidad de los gastos. Hemos llegado en un día de trabajo. Se está rodando una película para emocionar al público… Esa chica ojerosa y mal vestida es la protagonista. Se llama Susan Murphy. El otro que la increpa es el personaje «malo».

— ¿En qué año estamos?

— En mil novecientos cinco. El cine es mudo aún, pero se busca ansiosamente el sonido.

— ¿Y por qué están inmóviles?

— Porque nosotros estamos suspendidos entre una millonésima de segundo. Dentro de un instante, los veremos moverse con naturalidad. Voy a permitirte comprenderlos en su lengua. Te traduciré simultáneamente lo que digan, para que puedas comprenderlos.

— Sé algo de inglés.

— Mejor. Presta atención, porque la función va a empezar. Ahora.

Conrad, efectivamente, vio cobrar vida a todos los personajes que había reunidos en el estudio. Las voces y los gritos llegaron a sus oídos en el acto.

— ¡No, no, no! —gritaba Holstein, agitando los brazos—. Tienes que reducir gastos, Billy. ¡Los accionistas jamás aceptarán este despilfarro!

— ¡Más expresividad, señorita Murphy! ¡Tiene usted que tratar de implorar! ¿Sabe lo que es implorar? —El hombre de los pantalones a cuadros que decía estas palabras entró en el «plateau», donde el villano y la protagonista interpretaban la escena y sujetó a Susan Murphy por el brazo—. Fíjese en mí.

La expresión del director cambió, haciéndose casi risible. Alguien rió detrás de él. Una chica salió corriendo, seguida de otro individuo.

El director se volvió, por el de las risas, y gritó:

— ¡Basta! ¿Qué casa de locos es ésta? ¡Perry, ven acá!

— ¡Ay, que me va a dar algo!

— ¿Es que no pueden callarse ahí? —aulló el productor.

En su rincón, sin ser vistos, Conrad se volvió a Vlida.

— ¿Están todos locos?

— Poco más o menos. Pero viven de esto. La cinematografía tiene un gran porvenir en este país. Salgamos de aquí.

Salieron a través del muro. Fuera, a la luz del sol, reinaba también el consiguiente desconcierto. Hombres cargados con tablones iban de un lado a otro. Un «Ford» humeante pasó junto a ellos, y su conductor hizo sonar la bocina, para que se apartara una pareja que discutía acaloradamente ante la puerta del estudio.

— ¡Tienes que darme ese dinero, Johnny! —decía ella enérgicamente—. Y lo quiero ahora mismo.

— ¡No te lo daré! ¡No lo tengo!

— Pues haré que te despidan.

— ¡Vete al diablo y déjame en paz! ¿Quién crees que soy aquí?

Vlida tocó a Conrad en el brazo.

— Él será una famosa figura del cine. Se llamará Frank Roberts. Y ella es una infeliz que se dejó engañar por él, pagándole cien dólares por una recomendación que él no puede darle… ¡Cuidado, Conrad! Esa muchacha, desesperada, va a tratar de quitarse la vida dentro de poco. Debemos impedirlo.

— ¿Es importante su vida?

— No, por supuesto. Se llama Sally Wright. Pero si no muere hoy, ¡y no morirá, porque yo voy a impedirlo!, se casará con un hombre honrado, del medio Oeste. Tendrán varios hijos, que serán agricultores, excepto uno que emigrará de nuevo a esta región, y será un personaje importante en la historia.

— ¿Quién? —preguntó Conrad.

— Alfred Sullivan, a quien la humanidad agradecerá su aportación a la curación del cáncer.

— ¿Sullivan es hijo de esa chica?

— Lo será, Conrad —contestó Vlida, en el momento en que Sally Wright daba media vuelta y se alejaba del futuro famoso actor, ocultando sus lágrimas y su resentimiento.

— Debemos seguirla, Conrad. Paseará durante varias horas por la ciudad. Luego se dirigirá a la vía férrea y tratará de arrojarse al paso de un tren.

— Pero… ¡si no intervenimos, Alfred Sullivan no existirá jamás y su contribución a la humanidad no se realizará!

— Vamos a intervenir. Esto es obra del destino, Conrad. No importa que nosotros estemos aquí. Esa mujer no puede morir ahora. Su destino es otro.

— ¿Quieres decir que de este modo se han malogrado destinos importantes en la vida de los seres humanos?

— No hay nada que no deba estar en su lugar, sea hecho por mí o por otros. Piensa que aún ahora nosotros formamos parte de los hechos encadenados. Y, aunque no lo estén todavía, alguna vez lo estarán. Y será así, porque si no lo fuera…, ¡sería un desconcierto terrible!

Efectivamente, Vlida evitó la muerte de Sally Wright. Simplemente, hizo desplazarse una piedra. La joven desesperada perdió pie y cayó. El tren pasó a pocos metros de ella, sin causarle el menor daño.

Pero la joven permaneció allí, en tierra, asustada por lo cerca que había estado de la muerte. Esto la hizo reaccionar de su locura. Y allí mismo decidió volver a Kansas y pedir perdón a sus padres, cosa que hizo, olvidándose casi para siempre de Frank Roberts, a quien luego vio muchas veces en la pantalla.

— También es cierto —explicó Vlida después a Conrad— que Frank Roberts buscó a Sally, cuando ya fue famoso y adinerado, y le devolvió el dinero que le debía, con crecidos intereses. Pero ella estaba ya casada con un honrado granjero, llamado Joe Sullivan.

»Por ese motivo discutieron Sally y Joe. Luego se reconciliaron. Y de esta reconciliación nacería Alfred Sullivan.

— ¿Cómo contribuyó Sullivan a la curación del cáncer?

— Trabajando en el equipo científico de la Universidad de Los Ángeles, con Korskov, Werkel y Thorne. Nuestro personaje siempre quiso ser médico. Sus padres, no sin esfuerzo, le costearon parte de la carrera. El resto se la ganó él mismo, estudiando y trabajando para una

publicación infantil de Los Ángeles. Narraba cuentos cómicos. Después pasó muchos años encerrado en un laboratorio, sin pena ni gloria. Y habría de morir sin saber que, gracias a él, la humanidad se vio libre de uno de sus mayores enemigos.

* * *

Connie Finnegan se despertó sobresaltada. Había visto en sueños el terrible azote del rayo, abatiéndose sobre el nogal, en medio de la lluvia.

A la luz intensamente azul del relámpago, había visto a un joven pastor retorciéndose brutalmente, y luego caer carbonizado al suelo, junto con varias de sus ovejas. Las demás huyeron despavoridas en todas direcciones.

Impresionada, Connie miró el reloj que tenía sobre la mesita de noche. Marcaba la una y media. Pero a través de la ventana brillaba la luna. No había tempestad, ni nada parecía presagiarlo.

Sobrecogida aún por el realismo del sueño, pensó en despertar a Mark, su esposo, que dormía tranquilamente a su lado, y contarle lo que le había sucedido. Sin embargo, optó por dejarle. Estaba muy cansado y debía levantarse temprano.

En su sueño, Connie creyó ver al joven pastor con toda claridad: no se trataba de ninguno de los muchachos que ayudaban a Mark. Por eso pensó que debía de tratarse de una impresión en nada relacionada con la realidad.

Sin embargo, a la mañana siguiente, sin haber dicho nada a su marido cuando salió a despedirle al corral, tuvo un sobresalto, porque allí, en la puerta de troncos, ¡estaba el mismo muchacho que ella había visto en el sueño!

— ¡Mark! —gritó Connie—. Ese muchacho…

— ¿Qué te ocurre? ¿Te refieres a Mike? Es hijo de Grobber. Me lo ha enviado para que conozca los pastos y se familiarice con el ganado. Estará una temporada con nosotros.

— ¡Mark, anoche tuve un sueño terrible! ¡Vi…, vi caer un rayo sobre un nogal y… y… alcanzar a ese joven!

— ¿Qué dices, Connie? —preguntó el ganadero—. Eso es absurdo. Tú no podías soñar con Mike, puesto que no lo conocías. Viene de Wyoming.

— ¡Te aseguro que le vi perfectamente el rostro! ¡Iba vestido como

él, llevaba un palo de nudos…! ¡Es él! ¡Presiento que algo terrible le va a ocurrir a ese chico!

— Vamos, no seas tonta. Los sueños no significan nada. Olvídalo. ¡Ea, tenemos que marcharnos!

Pero Connie no pudo olvidarlo. Mark regresó al atardecer, cuando el cielo empezaba ya a cubrirse de nubes amenazadoras y la tensión nerviosa se hizo en ella casi angustiosa.

Nada más ver a Mark, Connie le gritó:

— ¡Habrá tormenta, Mark!

— Es posible.

— ¡Y ese muchacho morirá, víctima del rayo! ¡Tienes que impedirlo, Mark!

— ¿Todavía estás con tu sueño? No sabía que fueses tan supersticiosa.

— Y no lo soy. Pero lo vi con tanta claridad… ¡Era el mismo chico! ¿Dónde está ahora?

— Lo he dejado con Ernie Moth, en la majada de Black Hill.

— ¡Allí hay nogales, Mark!

— Pues… Sí. Pero ¿qué tiene eso que ver?

— ¡Por el amor de Dios, Mark; tienes que ir a buscarle! ¡Sácale de allí! ¡Tráetelo aquí!

— Por favor, Connie. Creo que exageras. ¿Cómo quieres que vaya ahora hasta Black Hill? Cuando llegue allí serán más de las doce.

— ¡Es que el rayo caerá sobre él a la una y media! —replicó Connie desesperadamente—. ¡Hazlo, Mark; sea un sueño, un aviso o lo que quieras, presiento que va a ocurrir una desgracia y en nuestra mano está el evitarla!

Mark amaba a Connie. La miró intensamente a los ojos y comprendió su sufrimiento. Por esto, se acercó al armario, tomó el impermeable y se lo puso. Antes de salir, besó a su esposa y le dijo:

— Lo traeré aquí.

Empezó a llover a poco de abandonar la casa. Mark maldijo su debilidad y se cubrió con la capucha. Ya era casi completamente de noche. Había un largo camino hasta Black Hill y se dijo que cuando llegase allá arriba, se encontraría a Mike, en compañía de Ernie, durmiendo junto al fuego. ¿Qué otra cosa podía ocurrir?

Sin embargo, Mark Finnegan se llevaría una sorpresa al llegar a la majada, horas después, y encontrar el lugar vacío. Caía agua en

abundancia y el cielo retumbaba con el trueno.

Mark empezó a temer que el sueño de Connie pudiera ser cierto. Salió corriendo del albergue y gritó a la noche:

— ¡Mike! ¡Ernie! ¿Dónde estáis?

En la empalizada no había más que un centenar de borregos asustados, que se hacinaban unos con otros, balando tristemente.

— ¡Mike, por el amor de Dios! —volvió a gritar—. ¿Dónde te has metido?

Estuvo más de una hora recorriendo aquellos lugares bajo la intensa lluvia. Halló algunos borregos dispersos y temió que sus ayudantes hubieran salido a reunir el rebaño.

Al fin, sus voces fueron contestadas por alguien. De unas rocas altas surgió una sombra. Era Ernie Moth.

— ¡Eh, patrón! ¡Aquí!

— ¿Qué estás haciendo ahí, Ernie?

— He tratado inútilmente de buscar al chico.

— ¿Es que no estaba contigo en la majada cuando empezó la tormenta?

— Había vuelto con algunas ovejas menos. Le dije que debía ir a buscarlas.

— ¿Estás loco? ¿Con esta noche?

— Lo siento. No creí que fuera tanto… Por eso, al arreciar la tormenta, salí a buscarle… Si no viene usted… Pero ¿qué está haciendo aquí?

— He venido a buscar a Mike. Mi mujer tuvo un presentimiento pavoroso.

— Debe de estar refugiado en alguna parte. Venga usted a la gruta del oso. Esto es espantoso.

— ¡No! —gritó Mark—. Hay que buscarle ahora mismo. Es más de la una.

— ¡Ni siquiera tenemos luz!

— Hemos de ir hacia los nogales, Ernie —añadió Mark—. El chico se ha debido refugiar debajo… ¡Y un rayo puede alcanzarle!

Ernie Moth ya no respondió. Siguió a su patrón bajo la lluvia. Y, en efecto, poco después sus gritos obtuvieron respuesta.

Mark Finnegan encontró a Mike Grobber debajo de un nogal, rodeado de ovejas asustadas.

Se lo llevaron. El joven estaba calado hasta los huesos. Pero no se

habían alejado ni cien metros, cuando el cielo pareció ser hendido por una llamarada flamígera. El trueno estalló en el acto.

Volviendo la cabeza, Mark vio el dardo de fuego caer justamente donde poco antes había estado el muchacho.

— ¡Bendito sea Dios! —sólo pudo balbucir Mark, sobrecogido de terror.

¡Si Mike Grobber tarda unos minutos más en ser encontrado, su muerte se hubiese producido exactamente igual a como lo soñó Connie Finnegan!

* * *

— En esta ocasión —dijo Vlida a Conrad—, sólo hemos burlado a la naturaleza ciega. Es una temeridad refugiarse bajo un árbol durante una tormenta. Ése fue otro de los azotes de la humanidad durante siglos, hasta que la meteorología empezó a estudiar las causas fundamentales de las tormentas.

»Benjamín Franklin ideó el pararrayos y contribuyó, en parte, a paliar el peligro. Pero hasta siglos más tarde la ciencia y la técnica no consiguieron modificar los climas de la Tierra.

— ¿Era importante la vida de ese muchacho? —preguntó Conrad.

— No. Pero se nos ha presentado la ocasión de salvar una vida sin producir cambios.

— Has afectado a cuatro o cinco personas, cuyas mentes no podían creer en lo sobrenatural.

— En absoluto, Conrad Mike Grobber vive, gracias a mí, aunque para él sea Connie Finnegan quien le ha salvado. Jamás, mientras vivan, podrán comprender la verdad de lo ocurrido.

»Ellos le llamarán premonición, clarividencia, aviso del cielo. Pero será un fenómeno incomprensible que, como no volverá a repetirse, terminarán por olvidar con el tiempo.

— Eres increíble, Vlida. ¿En cuánto tiempo hemos hecho todo esto?

— En ninguno, aunque llevemos aquí varios días, yendo de un lugar a otro. ¿Te diste cuenta, en San Francisco, cómo percibí el desastre del «Molly Anne»? Nadie lo sabrá jamás. Estaban demasiado borrachos y ni siquiera sabían que el queroseno encendido de la lámpara caería sobre los barriles de pólvora de la bodega. Si no desvío el cuchillo que el siamés lanzó contra «Zurdo» Hank, la lámpara hubiera estallado y el fuego se hubiese propagado a la pólvora.

— ¿Tienes alguna prueba de que hubiese ocurrido así, Vlida?

— Sí. Yo también poseo un poder clarividente, como el que he «prestado» en sueños a Connie Finnegan. Lo he visto perfectamente. Y con mi mente he desviado el cuchillo.

— Era una pelea entre borrachos. No creo que ninguno de ellos mereciera tu intervención.

— Es cierto. Pero muchas vidas se hubiesen truncado. Y eso hubiera afectado de múltiples maneras a la línea histórica del futuro. Podríamos examinar a todas las posibles víctimas y averiguaríamos que cada movimiento, gesto o acto suyos, hubiesen podido cambiar el mundo.

— ¿No lo has cambiado tú al salvar sus vidas?

— Sí, por supuesto. Pero yo soy otro instrumento del destino, Conrad. Y ahora creo que debemos volver a las catacumbas de Thaumas. Ya hemos realizado bastantes buenas obras entre nuestros antepasados.

Conrad Wienner y Vlida Lingbi estuvieron un tiempo equivalente a una semana, paseando por California, en aquel año de 1905. Ambos sabían que, un año después, la ciudad más importante de aquel estado sería casi totalmente destruida por un terrible terremoto.

Y la mujer que podía sustraer una vida a la furia ciega de un rayo no movió siquiera un dedo para impedir que la catástrofe se adueñase de miles de vidas humanas.

Porque, a pesar de todo, los poderes mentales de los seres del futuro también tenían sus limitaciones. La humanidad ha sufrido catástrofes desde su origen. Era el tributo a pagar por una raza en aras a las fuerzas desencadenadas de la naturaleza. Aquí, un rayo; allá, un seísmo espantoso. Todo aquello sería vencido con el tiempo. Y lo que hacía Vlida Lingbi no era más que un pasatiempo, un entretenimiento.

* * *

El doctor Sank regresó una noche marciana.

Conrad y Vlida se estaban besando intensamente, sentados en una placa de tetralión.

Ninguno se sonrojó o sobresaltó ante la súbita aparición del otro. Ni Sank hizo comentario alguno.

— Hola, doctor Sank. ¿Ya de vuelta? —preguntó Conrad.

Vlida y Sank se comunicaron mentalmente en una fracción de segundo.

— Has de venir a Galars —habló Vlida—. Hay una comisión esperándote, en el Centro Motor. Se va a decidir tu suerte.

— Efectivamente —añadió Sank—. Hemos reunido a cinco seres que dominan tu lengua. Esto te favorecerá mucho, porque significa que sus antepasados fueron alemanes, como lo demuestra el hecho de que tuvieran recuerdos de tu idioma.

— No hagas mucho caso a esa peculiaridad, Conrad —añadió Vlida—. Me consta que yo no he tenido ningún alemán en mi cadena genética, y he aprendido tu idioma. Pero cuenta con mi ayuda.

— ¿En qué podéis ayudarme?

— En hacerte volver a tu época —dijo Sank—. Y creo que se decidirá positivamente.

Sank y Vlida debieron tener un cambio de impresiones muy vivo, que Conrad no captó. Parecía que, aunque Sank no hizo comentario, su mente captó una impresión desfavorable al ver a la pareja besándose.

Y de esto «hablaron» por telepatía instantánea.

— Lo que ocurra en Galars no modificará mis sentimientos —habló Vlida, poco después, mirando a Conrad—. Sank piensa que no tengo derecho a experimentar nuevas sensaciones contigo. Él no es mujer. Pero debe de saber que ninguno de nosotros somos iguales.

— ¿Qué tiene esto que ver con…? —empezó a decir Conrad.

El doctor Sank hizo un gesto.

— Nada que me concierna, señor Wienner. Es muy desagradable aludir a ideas que Vlida comprende muy bien.

— ¡Yo sé que ustedes hablan sin despegar los labios! Y me tiene sin cuidado. Pero a mí hay que decirme las cosas claras y en mi lengua. De lo contrario me negaré a colaborar con ustedes.

Capítulo VI

DIÁLOGO TERRIBLE

Galars no era una ciudad, según el concepto que Conrad Wienner tenía de ello. Supo, más que vio, que se trataba de un enorme edificio, de una sola planta, con más de sesenta kilómetros en cuadro, donde parecían trabajar unos quinientos funcionarios.

Aquello, más que una urbe, era el Centro Motor o núcleo administrativo de la sociedad de la Era Artis-405. La mayor superficie la ocupaban las máquinas de control y archivo. Allí tenía su sede la ciencia del pasado y del futuro.

Sin embargo, lo más asombroso, como luego supo Conrad, era que nadie mandaba allí. Nadie daba órdenes. Todo se ejecutaba de acuerdo con unos principios preestablecidos.

El traslado de Conrad a Galars se realizó de un modo sencillo y simple. Le teleportaron entre el doctor Sank y Vlida. Desaparecieron en Marte y aparecieron, en el mismo instante, en el interior de una sala completamente desprovista de mobiliario.

Por tanto, Conrad no pudo ver nada. Sin embargo, mientras esperó, al lado de Vlida, a que Sank sostuviera una entrevista previa con los comisionados, ella le explicó dónde se encontraban.

— Este planeta ya no es como tú lo dejaste. Todo ha cambiado totalmente —dijo Vlida—. Por ejemplo, no hay ciudades. Se puede decir que toda la superficie de la Tierra es una sola ciudad. Han desaparecido las montañas, los ríos y los mares. Todo es liso como la palma de la mano y los árboles son artificiales.

»Tenemos museos naturales, donde es posible ver, en salas debidamente acondicionadas, animales de las especies que han sobrevivido. También conservamos plantas en invernaderos adecuados. Pero son sólo especies que interesan a los botánicos.

»¿Casas? Sí, por supuesto. Todos tenemos una o dos. Y hay muchas vacías. Y tenemos fábricas que producen todo cuanto necesitamos, y centros de reunión y estudios. Pero observarás que han desaparecido los caminos, las indicaciones, los postes, todo. Sólo casas de múltiples aspectos y árboles artificiales.

»Nuestro paisaje es de una monotonía aterradora. Y, de vez en cuando, algún monumento artístico, como reliquia del pasado, con una placa multivisora, donde se puede leer la historia de aquel hito. Ésta es nuestra vida.

— Creo que no va a gustarme un lugar tan soso. ¿Debo pedir que me devuelvan a mi época?

— Sí. Tú debes pedir lo que deseas. No puedes fingir en absoluto, porque tus pensamientos están siendo observados y analizados.

— Pero ¿no han decidido aún lo que van a hacer conmigo?

— No.

— ¿Qué hicieron con los que, antes que yo, vinieron del pasado?

— Fueron devueltos al espacio. Suponemos que algunos regresarían a su época. Otros, tal vez no, y sus cadáveres estén aún orbitando el cosmos —dijo Vlida—. Tu caso, empero, posee matices diferentes, dado que ahora estamos casi preparados para iniciar la regresión inmaterial.

»Lo que preocupa a mis contemporáneos es que te hayamos revitalizado. Esto fue cosa mía. Llegaste a nosotros en tales condiciones que hubiese podido quedar inconcluso un prolongado estudio de tu mente racional.

»Necesitábamos saber más de ti. Y por eso te sometimos a tratamiento. El doctor Sank y Peer accedieron. Y ahora… Bueno, devolverte a tu época en esas condiciones es muy atrevido.

— ¿Los otros no fueron revitalizados?

— No… Aunque uno fue la excepción. Está aquí. Forma parte de la comisión y se llama Garrok. Es un hombre inquietante, muy hábil, de preclara inteligencia, que nació mucho después de tu época, pero antes de la nuestra.

— ¿Y fue descendiente de alemanes?

— En su sangre se debieron fundir todas las razas antiguas. A mí me inquieta mucho Garrok, puesto que hay recodos impenetrables en su mente que no podemos descifrar.

— ¿Un sujeto reservado?

— Extraño e inquietante. Pero no podemos desconfiar de él. Llegó en una nave que todavía se conserva. Lo último que se construyó en

vehículos espaciales en la Era Paradis-200. De allí procede Garrok. Entonces ya se vislumbraba la inmortalidad. Pero él hubiera muerto de no saltar al espacio y caer en nuestra época. Desde entonces, ha estado perfeccionándose mucho, hasta llegar a ser uno de nosotros. No se le devolvió a su tiempo por una serie de motivos de seguridad. Nos aseguró que, si era devuelto, seríamos invadidos por millones de seres de su Era que él traería a conocer nuestra ciencia.

— ¿Una coacción? —preguntó Conrad.

— En cierto modo, sí. En caso de cumplir su amenaza, Garrok nos hubiese creado un problema grave. La muerte ha aterrado siempre a la humanidad.

Aquellos individuos, si se mezclaban con nosotros, hubieran podido dañarnos.

»Y como Garrok no significaba ningún peligro grave, dada su capacidad de adaptación, fue revitalizado y ahora trabaja aquí, en la ordenación del futuro.

— ¿Y no teméis que, valiéndose de esos rincones secretos de su mente, no esté preparando algún complot?

— ¿Qué quieres decir?

— Yo pienso con mentalidad de mi Era Cristiana. Entonces las maquinaciones se realizaban todos los días y de la forma más inesperada. Y no concibo cómo, en una sociedad abierta como la vuestra, alguien pueda mantener ocultos sus propósitos.

— Yo no he dicho que tenga propósitos ocultos —replicó Vlida—. Sino que hay recodos, lugares o algo impenetrable en su mente. Nosotros nos comunicamos por medio de la transmisión del pensamiento. Sank, por ejemplo, no tiene secretos para mí. Le miro, le veo y le comprendo. En cambio, Garrok tiene una parte enigma y otra clara. Esto, desde luego, lo atribuimos a que su mente no es como la nuestra. En su época ya se adivinaba el pensamiento, aunque no se fuera inmortal. Y pueden existir causas que se nos hayan escapado.

—Bien, si confiáis en él… ¿Quién decidirá mi suerte?

— Todos. En realidad, si no surge impedimento alguno, ya está decidido. Te devolveremos a tu época revitalizado. Pero tus conocimientos actuales se amnesiarán por voluntad hipnótica, lo que significa que no recordarás nada de nosotros.

»Luego, con el transcurso del tiempo, ya iniciada la regresión inmaterial, puede que volvamos a encontramos en el futuro.

— ¿Tú lo crees? —quiso saber él, mirando intensamente a Vlida.

— Yo sé que todo es posible, aunque sólo sea a intervalos. También puedo saltar en el tiempo e ir a verte.

— Me gustaría mucho… A Mae le agradará conocerte —dijo Conrad, pensando en su dulce esposa.

* * *

El tránsito pareció no producirse. Conrad no estaba seguro de haber dejado la sala en donde estaba con Vlida, ni de que los cinco hombres, vestidos exactamente igual, con las mismas facciones, el mismo cabello y los mismos ojos, hubiesen penetrado allí.

El doctor Sank se acercó a Conrad y dijo:

— Éstos son los cinco miembros de la comisión que estudian tu caso: Mulver, Oskin, Garrok, Fiok y Tlok.

Todos estaban de pie, mirándole gravemente. Allí no había mesa, sillas ni siquiera puntos de referencia. Era una estancia rectangular, de paredes opacas y grises, pero iluminadas de modo natural y uniforme.

Vlida debió sostener un cambio de impresiones mentales con todos ellos en fracciones de segundo.

También debieron replicarle, puesto que la conversación oral la inició el sujeto llamado Oskin, aunque a Conrad se le hacía difícil o imposible distinguir uno de otro. La única diferencia la ofrecía Vlida, con su preciosa figura femenina.

— Quiero que comprenda que no tenemos animadversión contra usted —empezó Oskin—. Le consideramos con todo respeto y simpatía. Pertenece usted a nuestra raza, sin lugar a dudas, pero el desdoblamiento temporal le ha traído a nuestra época.

»Seguramente, usted hubiese muerto. Era muy viejo. La muerte se aceptaba antaño como una liberación del espíritu y era tan natural como la misma vida.

Oskin se expresaba con una facilidad pasmosa. Parecía un hombre de la época de Conrad, con gran dominio de la lengua de Shiller.

— Sin embargo, nos ha creado usted un problema, señor Wienner, del que tampoco le culpamos. Ya sabe que nosotros podemos revitalizar un organismo y transformarlo en longevo. Necesitábamos hacerlo para averiguar en su mente todo lo relacionado con su época, que es extremadamente interesante para nosotros, dada su antigüedad.

»El pasado, cuanto más se aleja de nosotros, más confuso es. Y ello es lógico…

— Perdón —intervino Garrok, según supo Conrad, por el reflejo mental que le transmitió Vlida—. No es que tengamos prisa y debamos dejar a un lado los circunloquios. Pero si los siglos para nosotros no cuentan, para él sí cuentan los segundos.

— Está bien. Abrevie —replicó Conrad, tratando de adivinar las ideas que se podían ocultar tras aquel rostro favorecido por la cirugía plástica más depurada—. ¿Quieren devolverme a mi época?

— Justamente. Pero antes hemos de realizar con usted algunos ajustes fisiológicos.

— ¡No! —gritó Vlida, avanzando e interponiéndose entre Conrad y Garrok—. ¡Quieren que vuelvas muerto a tu época!

Conrad no se inmutó.

— Bueno. Casi muerto llegué aquí… Eso no me inquieta. Pero ¿volveré a mi época?

— Sólo un cadáver.

De nuevo debió entablarse un diálogo mental entre Vlida y Garrok. Conrad se percató de ello por la expresión de ambos, que parecían mirarse desafiantes. También Sank y Oskin mediaron. De todo ello salió una exclamación de Garrok, dirigida a Conrad.

— Hable usted y exponga claramente sus deseos.

— Mi deseo aquí no cuenta. Llegué a mi planeta en una época que no me corresponde. Yo no he creado las leyes naturales. Si molesto, me voy…

— ¡Yo no quiero que te vayas! —exclamó Vlida—. Sé lo que se propone Garrok… ¡Y todos lo saben también! ¡Pequeño estorbo, sin importancia! ¡Eso es ridículo! ¡Él también fue aceptado, pero por coacción!

»Quieren devolver tu cadáver a tu época. ¿Y nosotros queremos establecer la regresión inmaterial en toda la humanidad? ¿O sólo es un propósito nuestro, pero no de Garrok?

— Creo entender —habló Conrad, volviéndose a Garrok— que usted pretende hacer prevalecer su voluntad sobre la de los demás.

— Eso no es cierto —replicó Garrok—. Sin embargo, temo que Vlida no está de acuerdo con la mejor solución para todos. Si le devolvemos a usted a su época en estado de revitalización, será un ser extraordinario que transformará los principios básicos de la vida humana.

»Usted es inmortal. Y ¿qué hará un ser así en la Era Cristiana? ¿Lo comprende? Desquiciará totalmente el orden natural establecido.

— Escuche, señor Garrok —replicó Conrad—. Lo comprendo todo

perfectamente. Es muy lógico. Yo, en mi época, seré algo así como un monstruo, al que mis contemporáneos habrán de exterminar de algún modo, a menos que ignoren quién soy.

— ¿Quiere decir lo mismo que está pensando?

— Exactamente. Yo no tengo por qué decir a nadie la verdad, puesto que no van a creerme. ¿Está eso claro?

— ¿Y vivirá entre ellos, viendo desaparecer generación tras generación? Eso es un privilegio inmenso.

— ¿Qué es lo que quiere usted, mi muerte?

— Hay algo más justo. Le podemos dar vida para el regreso, que será de unos cincuenta años.

— Eso no es correcto —intervino Vlida—. Conrad ha perdido cincuenta y seis años de su vida viajando por el espacio. Si emplea otro tanto, no volverá a su época, sino a otra mucho más adelantada que ésta.

Su tren pasó y se fue. Teletransportarle a su época es más factible.

— ¿Y los cincuenta y seis años perdidos? ¿Qué es lo que quieres, Vlida? —rugió Garrok.

— Quiero sensatez. Yo no fui una estúpida al querer revitalizarle. Era preciso y jamás habríamos estudiado su cerebro muerto. Ahora el mal o el bien está hecho. Pero la solución que habéis adoptado aquí no le conviene.

— ¿A él o a ti? —preguntó el doctor Sank.

— Yo no cuento —dijo Vlida, hablando para que Conrad pudiera conocer sus sentimientos—. Soy su abogado defensor… Y declaro ante todos, mental y verbalmente, que no me gusta el modo en que Garrok ha llevado este asunto.

»Este hombre no es un peligro para ninguno de nosotros. En cambio, nosotros sí lo somos para él. Y no es justo. Si Garrok continúa presionándonos, ni siquiera lograremos establecer la regresión inmaterial.

Lo que debió responder Garrok mentalmente no fue captado por Conrad, pero sí escuchó la viva réplica de Vlida.

— ¡Me opondré siempre! ¡Hemos de obedecer las bases de la ley natural! ¡Y no sufro ningún trastorno, Garrok; si acaso, deberemos sometemos ambos a reconocimiento! ¡Hay puntos oscuros en tu mente que todos debemos conocer!

Garrok comprendió que se le atacaba demasiado directamente. La causa era el singular sentimiento de atracción personal que Vlida sentía

por Conrad. Por esto dijo:

— La otra solución es que Conrad Wienner se quede con nosotros.

Un sujeto que hasta el momento no había despegado los labios, llamado Tlok, se adelantó hacia Conrad.

— Permítame una pregunta, señor Wienner. ¿Le importaría quedarse con nosotros en esta época?

— ¿Por qué no matiza usted mejor la pregunta?

— La situación se está complicando un poco. Creíamos tener una solución buena, pero Vlida Lingbi siente dudas respecto a Garrok. Yo puedo asegurarle a usted que nadie ha pensado quitarle la vida, aunque no comprendo en qué condiciones puede usted llegar a su época. Puede haber cierto retraso.

— Escuche —replicó Conrad—, la situación es ésta: yo salí de Ulm hace cincuenta y seis años, acompañado por un grupo de hombres y mujeres que ya están muertos. En mi nave llevo controles de registro de todo cuanto ha sucedido a bordo en todo ese tiempo. Si vuelvo, ¿qué explicación debo dar? ¿Volveré cuando salí, más tarde, o antes? ¿Estaré privado de memoria para explicar todo esto? ¿Podré reunirme con mi familia o seré internado en una cárcel o en un centro psiquiátrico?

»Si ustedes me aseguran, con ayuda exterior, que nada me ocurrirá y que podré reunirme con mi familia, ¿cómo explicaré plausiblemente la desaparición de todos mis compañeros?

— ¿Quiere quedarse aquí ahora? —casi gritó Garrok.

— Por no verle a usted, prefiero irme, señor Garrok. Y empiezo a pensar como Vlida, que en sus propósitos existe algún deseo malintencionado.

— ¡Basta! —gritó Garrok—. Si continúa así, soy capaz de cometer un disparate… ¡Está bien, Vlida! —añadió Garrok, con un gesto de cansancio—. Que se decida por mayoría.

— ¿Qué has propuesto? —preguntó Conrad, volviéndose a Vlida.

— He pedido devolverte a tu época por teleportacíón, unos pocos años después de tu partida. Pero no conservarás recuerdos de esto ni de tu existencia anterior. Serás un hombre nuevo, con otro nombre, al que uniremos a tu propia familia…

— Lo siento, Vlida. Veo que desconoces completamente mi época. Por mucho que hagáis, mi esposa puede aceptarme, y hasta mis hijos. Pero yo seré un hombre sin historia y eso me creará problemas.

— ¡Más problemas nos causas tú ahora!

— Lo siento. No era ésa mi intención. Aceptaré lo que convenga.

La desilusión se extendió por las facciones de Conrad. Vlida le tomó por las manos, en una actitud insólita para los reunidos, y preguntarle:

— ¿Qué es lo que quieres realmente, Conrad?

— Nada. Me es indiferente.

— No. Leo tus pensamientos y sé que quieres volver a tu época tal y como eras. ¿Te das cuenta la que significa eso?

— Sí, naturalmente.

— No podemos hacerlo. Sabemos que es imposible.

— Evitar que un rayo mortal caiga sobre un pastor es fácil, lo mismo que hacer tropezar a una campesina para impedirle la muerte bajo las ruedas de un tren. Yo, en cambio, estoy revitalizado. Voy a vivir más que mis propios hijos… ¡Y hasta puedo, algún día, llegar a esta misma época y encontrarme aquí conmigo mismo!

Conrad se detuvo al ver que todos le estaban mirando intensamente. Incluso Vlida había retrocedido unos pasos.

¡Y se dio cuenta de haber puesto el dedo en la llaga!

* * *

Conrad se quedó solo súbitamente. Todos los demás desaparecieron ante sus ojos con aquella brusquedad que era propia de sus cerebros privilegiados.

La conferencia había tomado derroteros insospechados. Todos eran seres de un coeficiente intelectual extraordinario, pero algo se les escapó. Además debían existir intereses inconfesables por parte de Garrok, quien parecía poseer facultades que los otros no penetraban, como era una reserva mental inescrutable.

Conrad, que tenía concepto claro del sentido de sociedad ultramoderna de aquella época, no comprendía muy bien cómo Garrok se había podido introducir en ella. ¿Coacción?, como dijo Vlida. Él presentía que practicaba un curioso maquiavelismo, con objetivos propios y concretos. Conrad no significaba para ellos más que una insignificante vida humana, incapaz de desequilibrar una estadística, cuanto menos una sociedad futura.

Pero todo resultaba desconcertante en torno a Garrok. ¿Quería acaso llevar a cabo lo que en su día amenazó con realizar? ¿Querría traer al futuro a seres de su época, inmortalizarlos y hacerse con el poder absoluto de los seres que no podían penetrar totalmente en su cerebro? ¿Qué misterio había allí?

Antes de que pudiera responder a estas preguntas, con un concepto extrañamente nuevo de la comprensión, Vlida apareció ante él.

— Te quedas, Conrad —pareció decir, llena de júbilo, al mismo tiempo que avanzaba hacia él y le echaba los brazos al cuello.

Él sintió el contacto de aquel cuerpo fuerte y flexible, cálido y femenino, y se sintió turbado. Correspondió al beso que ella le dio, y después musitó:

— No me seduce la solución. Garrok se ha replegado, cediendo terreno, porque teme perder mucho más.

— ¿Qué estás diciendo, Conrad?

— No lo sé con certeza. Tal vez sea intuición… ¡O quizá yo no esté aquí por error y mi presencia obedezca a razones de lógica pura! Intuyo o presiento que Garrok prepara algo nefasto para todos vosotros.

— ¿Qué?

— Hacer venir varios millones de seres de su época, por ejemplo. Obligaros a revitalizarlos y convertirse en algo maligno para la sociedad futura… ¡en una especie de déspota, tirano o dictador, sino los tres sujetos en uno!

— Garrok no puede hacer eso —dijo Vlida.

— ¿Estás segura?

— No se lo permitiríamos.

— ¿Y si trae un ejército armado?

— ¿Cómo puede hacerlo venir?

— Yo, que soy muy simple, sé cómo saltar del pasado al futuro. ¿Por qué no él, que es más ambicioso que yo?

Capítulo VII

REBELIÓN DEL FUTURO

— Por favor, Vlida, deseo salir de aquí… Poder caminar, sentirme en libertad.

— Te comprendo. Nosotros no tenemos necesidad de hacer esas cosas, pero me pongo en tu lugar. Y como eres libre y me he comprometido a servirte de guía y ayuda, vamos.

Conrad se encontró inmediatamente sobre un terreno blando y amarillento, como de polvo más fino que la arena, donde no se veía ningún guijarro. Pudo admirar el muro rectilíneo del edificio en donde estaba el Centro Motor, de superficie gris y brillante, unos cinco metros de altura, como la pared de una prisión.

Vio también aquellos raros árboles artificiales, cubiertos de hojas que parecían de plástico verde y algún que otro edificio extraño en la lejanía del paisaje más regular y monótono que había visto en su vida.

— ¿Es esto la Tierra? —preguntó Conrad.

— Esto es parte de ella. Lo que no se ve puedo describírtela en pocas palabras. Casas por todas partes, factorías subterráneas, dirigidas por máquinas automáticas y ahí acaba todo. Algunos miles de seres en Venus, otros tantos en Júpiter y sus satélites, más bien aventureros en busca de emociones nuevas, y así sucesivamente.

— ¿Qué hacéis?

— Nada. Esporádicas excursiones al pasado.

— ¿Y ninguna al futuro?

— No podemos.

— Yo he podido.

— Tú procedes de una época pretérita. Es distinto.

Después de una breve vacilación, mirando alternativamente hacia el

sol, situado en el este, y hacia la gran pantalla reflectora artificial, que asomaba por el oeste, Conrad hizo una extraña pregunta:

— ¿A qué distancia hemos de estar de ellos para que no puedan escuchar nuestras palabras ni leer nuestros pensamientos?

— Estamos fuera de sus longitudes de onda. Sólo pueden escucharnos empleando amplificadores, lo cual no está permitido.

— ¿No puede, pues, Garrok saber lo que hablamos?

— No. Por otra parte, se encuentran reunidos estudiando tu historial psíquico.

— Entonces déjame decirte que no me gusta Garrok.

Vlida sonrió con suma gracia.

— A mí tampoco. Pero de eso a que crea en tu intuición, hay un abismo. Garrok, ni nadie, puede hacernos daño alguno.

— Yo no estoy tan seguro. Puede tramar algo.

— ¿Para dominarnos? ¿Cómo iba a lograrlo? Aquí nadie le haría caso.

— ¿Y si trae hombres armados?

— Quienquiera que venga aquí será inferior mentalmente a nosotros.

— ¡Él no parece serlo! ¿Cuánto tiempo lleva aquí?

— Dos mil años.

— Tiempo más que suficiente para saber tanto como vosotros.

— Olvida eso, Conrad. Lo importante ahora es que te quedas. Tu vida será distinta a partir de ahora. Es un gran privilegio que he defendido con calor porque me gusta estar contigo. No sé qué siento. Es una sensación nueva, distinta…

— ¿No te has enamorado de mí?

— ¡Oh, eso sería maravilloso, Conrad! ¿No crees?

— Y ¿qué nos puede ocurrir?

Vlida sonrió, asiéndose al brazo de él y mirándole de reojo.

— La naturaleza no ha cambiado tanto, aunque se consideraría insólito si pudiéramos tener descendencia.

— ¿Es que no lo sabes? —preguntó él.

— Debería consultarlo… Tendría que sufrir un examen médico… Se habría de aceptar por alguna comisión.

— ¿Es que no hay precedente?

— El último caso se dio hace muchísimo tiempo —confesó Vlida.

— ¿Y qué ocurrió?

— Aumentó la humanidad, por supuesto. Lo que ocurre es que hombres y mujeres vivimos aquí muy independientes. Nadie necesita a los demás. Nuestra autonomía es extraordinaria. Y si nos casamos y viene un niño… Quiero decir que durante algún tiempo estaré privada de mi libertad.

— Eso no sería lo peor. Puede ocurrir que tu hijo no sea tan inteligente como tú.

— No me inquieta. Dentro de algunos miles de años, hasta tú serás como nosotros.

Por vez primera, el ceño de Conrad se frunció.

— ¿No te seduce vivir tanto?

— No lo sé. Estoy confuso. Tú, Garrok, todo esto… Debes comprenderlo. Tengo que reflexionar.

— Será mejor que vayamos a mi casa. Allí podrás coordinar tus ideas. Creo que lo necesitas.

* * *

Vlida poseía una especie de chalet, de grandes dimensiones, construido con algo parecido a láminas de colores. Cada dependencia, aislada una de otra, poseía luz distinta.

— Y ¿cómo voy a salir o entrar? —preguntó Conrad, al ver que carecía de puertas y ventanas.

— No se construyó pensando precisamente en ti. Pero yo te haré entrar y salir.

— ¿Y si tú no estás?

— Me llamas y asunto concluido.

Después de dar la vuelta a la extraña mansión, cuyos planos dislocados y confusos no parecía comprender Conrad, penetraron «atravesando» un muro.

— Como nuestro organismo no se fatiga, no necesitamos lechos, ni sillas, ni mobiliario —empezó a explicar Vlida.

— Por la misma razón, como no llueve ni hace frío tampoco necesitáis casas. ¿Para qué las tenéis?

— Para aislamos. Aquí es el único lugar donde nos consideramos completamente independientes. Pero tengo dependencias en donde trabajo. ¿No deseas ver mis laboratorios médicos?

— Preferiría más verte a ti —musitó él, tomándola en brazos y

buscando su boca.

Ella se le entregó dócilmente. Instantes después, en el suelo, se besaban ciegamente, tratando ambos de hallar en el otro el complemento sexual que anhelaban.

Ninguno quedó decepcionado. La naturaleza continuaba anidando en sus mentes y el amor sería siempre un don natural.

De repente, Vlida se incorporó, como asustada. Se quedó de rodillas, al parecer escuchando, y como él la mirase interrogativamente, ella contestó:

— Alguien viene…

— ¿Quién?

— Jora. Una amiga… Debemos recibirla.

— ¿Estás avergonzada?

— Un poco. Levántate.

Ambos se pusieron de pie. Ella compuso su atuendo y se alisó el cabello. Conrad se quedó de pie, junto al muro. Un instante después, una figura se materializó ante ellos. Era exactamente igual que Vlida. Las mujeres, como los hombres de aquella época, no se diferenciaban en nada, excepto en algún detalle de su atuendo.

Jora, sonriendo, abrazó y besó a Conrad, a la vez que decía:

— ¡Oh, Conrad, me alegro mucho de conocerte! ¿Cómo te encuentras?

Conrad dedujo que Jora y Vlida ya habían intercambiado instantáneas impresiones, porque la expresión de esta última parecía algo adusta.

— Bien, Jora. Encantado de conocerte.

— ¡Es muy interesante la época de que procedes! Me gustaría mucho conocer detalles de todo aquello.

— Estábamos en la intimidad, Jora —intervino Vlida, acercándose.

— ¿Hay que hablar en alemán?

— Sí, y no me explico cómo lo has aprendido.

— Hay muchas mujeres aprendiendo ahora el alemán, Vlida. ¿Lo ignoras?

— No. Lo sabía.

— ¿Qué ocurre? —preguntó Conrad.

— Digamos que… estás de moda, querido. Y como aquí no existe la propiedad privada.

— ¿No? ¿Significa eso que…?

— Nadie puede obligarte a que hagas el amor a Jora —se apresuró a decir Vlida—. Pero serás asediado continuamente.

Un rayo de comprensión penetró fugazmente en el cerebro de Conrad, quien experimentó la sensación de hallarse atrapado en una ratonera sin salida.

— No, querido. De momento, yo te protegeré —dijo Vlida—. Jora sólo ha venido a conocerte personalmente.

— Está bien, Vlida —dijo la otra, sonriendo—. Ésta es tu casa. Pero cuando Conrad salga de ella… ¿Te gustaría venir a ver mi laboratorio? Puedo enseñarte filmaciones muy antiguas.

— Gracias, Jora; eres muy amable. Déjame aprender más de vuestra plácida existencia. Sospecho que si soy excesivamente sociable mi nuevo organismo no resista lo que aseguran los médicos. —Conrad sonrió e hizo sonreír a las dos mujeres.

— Bueno. Me voy. Tendré paciencia. Pero mucho me temo que Conrad se vuelva como los demás antes de que pueda leer mis pensamientos.

— Puedes estar segura de que sí, Jora.

La visitante se esfumó, sonriendo.

— Veo que aquí no hay donde elegir —comentó Conrad—. Todas sois iguales.

— Físicamente, sí. Nuestra diferencia es mental.

Ven, pasemos al laboratorio. Quiero analizarme. Me interesan las reacciones que puedan producirse en mí, después de esta experiencia.

Conrad se encontró, con la misma simultaneidad de siempre, en una estancia cuyas paredes contenían numerosos objetos plateados, provistos de luces de todos colores. La uniformidad, empero, era allí sorprendente.

— ¿Qué es esto?

— Uno de los más completos laboratorios de análisis médicos que existen.

— Y ¿qué analizas aquí?

— Todo. Tú no ves lo que hay detrás de esas luces. Pero yo acciono mil resortes magnéticos con las ondas de mi mente… Ahora estoy analizando tu corazón… Es normal.

— ¿Cómo lo sabes?

Vlida señaló una lucecita azul.

— Aquí está la respuesta. Si hubiese alguna anomalía, esta luz sería

como esta otra —indicó una amarillenta con el índice—. Ah, esto es agradable. Tengo una lesión.

Conrad se encogió sobre sí mismo.

— ¿No dijiste que no contraéis enfermedades?

— Una lesión no es una enfermedad. Aguarda. En seguida vuelvo.

Vlida desapareció durante unos cinco minutos. Cuando volvió, Conrad observó que llevaba otra ropa puesta, menos transparente.

— Ya estoy curada. Me he medicado yo misma en la sala de operaciones.

— ¿También operas aquí?

—Muy rara vez. Tú fuiste operado en el viejo hospital de Thaumas, con la ayuda de Sank, Peer y Dekmo. No tuvimos ni un fallo.

— ¿Y tu análisis?

— Negativo. Por ahora, no tendré el privilegio de ser mamá.

— ¿No? —inquirió Conrad, ligeramente decepcionado.

* * *

Los días transcurrieron felizmente en casa de Vlida. Conrad no podía precisar si llevaba allí un mes o un año. No tenía punto de referencia alguno. Y el tiempo transcurría ayudando a Vlida en sus investigaciones médicas y psicoanalíticas.

Vlida estaba confeccionando un estudio de la mente humana a través de los tiempos. Había obtenido documentación amplia y precisa de sus viajes al pasado. Una máquina grabadora y ordenadora le clasificaba los datos. A Conrad le gustaba estar repasando todos aquellos cerebros, donde se encerraba una amplia y profunda filosofía.

El mismo era un caso clínico para Vlida. Su odisea en la nave espacial «Blitz-F-2» estaba narrada en los circuitos de la máquina clasificadora, gracias a la cual él había revivido casi todos los hechos importantes de la travesía, desde la muerte de los médicos hasta la de Rolf Ullrich.

— Eres un hombre excepcionalmente fuerte —le dijo Vlida—. Muy pocos sobreviven a la «fiebre sideral», que fue lo que mató a tus compañeros. Esa enfermedad se estudiaría después de tu época, cuando la euforia de los grandes viajes espaciales. Uno entre mil es inmune a esa dolencia. La produce la alta velocidad, el aislamiento, el ambiente inadecuado. Y no te extrañe que los médicos fueran los primeros en morir, puesto que ellos habían tratado ya, sin saberlo, con enfermos

afectados de «fiebre sideral». Después murieron los que más contacto habían tenido con otros astronautas. Tú y Rolf Ullrich debisteis ser los menos contaminados, aparte de poseer condiciones excepcionales de resistencia.

»Cuando se averiguó la causa de esas muertes, se clasificaron los astronautas con otras cualidades. Más tarde, los hibernantes suprimieron totalmente esas clasificaciones. Pero adquirieron otras enfermedades radiactivas.

— Todo esto es historia médica, ¿verdad?

— Sí.

— ¿Para qué te sirve?

— Para el archivo del Centro Motor. Yo y el doctor Sank…

Vlida se detuvo bruscamente. Su expresión cambió, como si estuviese intensamente concentrada. Luego exclamó:

— ¡Vamos, Conrad!

Un instante después, los dos se encontraban fuera de la casa, bajo el sol, donde se habían congregado varios centenares de personas, hombres y mujeres, que permanecían en actitud estática y silenciosa.

Conrad intuyó, sin embargo, que sus cerebros se comunicaban intensamente unos con otros.

— ¿Qué es lo que ocurre? —preguntó Conrad, mirando hacia los rostros de las personas allí reunidas y cuyo número parecía ir en aumento.

— Algo grave, Conrad. Y habré de darte la razón… ¡Tu instinto no te falló! Se trata de Garrok.

Conrad creyó palidecer.

Una mujer avanzó hacia donde estaban ellos. Era Jora, según supo Conrad después. Habló en alemán y dijo, mirando a Conrad:

— Garrok accedió a dejarte en esta época. Tu acusación fue muy directa. Si nuestros necios ciudadanos te hubiesen hecho caso…

— ¿Por qué habían de hacérmelo?

— Atiende, Conrad. Hay diez naves extrañas orbitando alrededor de nuestro planeta. Parece ser que proceden de la Era Paradis-200, o sea que Garrok las ha hecho venir. Diez mil seres armados con máquinas altamente desintegrantes están esperando las órdenes de Garrok, quien ha reunido a una comisión en el Centro Motor.

»Esas naves han podido llegar hasta nosotros gracias a Garrok, que ha inutilizado el detector de líneas coincidentes estelares. Ahora, si no aceptamos las condiciones que él va a imponernos, las naves atacarán

nuestro planeta… ¡Y son naves de otra época!

— ¿No estaba previsto eso? —preguntó Conrad, mirando a Jora.

— No. Jamás creímos que alguien pudiera pensar contra nosotros y no captar sus ideas.

— ¿A qué habéis venido, pues?

— Quieren expresarte su reconocimiento, Conrad. Sólo tú intuiste lo que era Garrok.

— Y ¿de qué nos puede servir ahora vuestro reconocimiento?

— Creen que, por encima del conocimiento y la inteligencia, nosotros hemos olvido el instinto natural. A fuerza de saber y comprender, se nos ha olvidado algo que fue puramente animal y primitivo, pero que ayudó a la evolución de la humanidad. Todos esperan que tu instinto dé alguna solución antes de que sea demasiado tarde.

— ¿Solución yo? —se asombró Conrad—. Si no tenéis naves, ni armas, sólo veo una solución.

— ¿Cuál? —preguntó Vlida.

— Regresar inmediatamente a otras épocas y conseguir armas. Hacer lo mismo que ellos.

Antes de que hubiese terminado de hablar, Conrad vio, atónito, cómo iban desapareciendo muchos individuos. Jora también se esfumó, de súbito. Era evidente que Conrad había acertado en su consejo.

¡Hasta él se encontró, de pronto, en el interior de una sala metálica, casi llena de cajas de acero!

— Eh, Vlida, ¿qué es esto?

— Era Polar-100… Estamos en un depósito de armas desintegrantes. Hay que abrir esas cajas y tomar fusiles «láseres intermitentes». Es la mejor arma que conozco.

Pero no era fácil abrir las cajas. Parecían soldadas y carecían de herramientas. Los poderes mentales de Vlida se estrellaban contra las soldaduras de tungsteno.

— Se supone que alguien ha encerrado esto aquí para que nadie pueda sacarlo —observó Conrad.

— Esto es un polvorín abandonado, querido. Todos nuestros compañeros, al comprender que tu idea era la única solución posible contra Garrok, se han dispersado en el tiempo, a la búsqueda de estos depósitos.

— ¡Pero esto es absurdo! —exclamó Conrad—. ¿Es que Garrok no pensó que podíamos hacer esto?

— Nosotros no pensamos en que podía ocurrir. Somos demasiado sabios todos, Conrad. Necesitábamos que una mente primitiva como la tuya nos lo hiciera ver.

»Estoy segura de que Garrok se ha quedado solo en nuestra gloriosa Era Artis-405, confuso y desorientado, sin comprender nuestra general evasión.

— ¿Ya es el dueño de todo?

— Sí, hasta que volvamos empuñando estas armas y le obliguemos a retirarse o le aniquilemos a él y a sus tropas del pasado.

— Bueno, abre una caja y vámonos —dijo Conrad.

— No sé cómo —se lamentó Vlida—. Si tuviésemos un soplete.

— ¡No te comprendo, Vlida! —masculló él—. Mucha sabiduría para todo lo abstracto, pero eres una nulidad en el aspecto práctico. Yo entiendo perfectamente que si aquí no hay nada para abrir estas cajas, lo que hemos de hacer es llevarnos, al menos una, a donde haya algo para abrirlas. ¿Cómo hemos venido hasta aquí? ¡Pues del mismo modo nos vamos!

Vlida volvió a sonreír ante la simplicidad de la solución. Besó a Conrad y de nuevo utilizó sus poderes teletransportadores para desaparecer de allí, apareciendo dentro de un impresionante y solitario taller de construcciones astronáuticas, donde Conrad se sintió empequeñecido al ver la gigantesca nave que se estaba ensamblando allí.

El taller, sin embargo, estaba totalmente vacío y a oscuras. Pero Vlida hizo que se encendieran varias luces.

— ¿Qué es esto?

— Una de las salas de montaje de cosmonaves de Brakwol, hace quince mil años. Todo fue abandonado porque se decidió suspender la expedición a Sirio. Eso forma parte de nuestra historia, que ya te contaré en otra ocasión. Ahí tenemos herramientas y sopletes de berilio para abrir esta caja.

En efecto, la caja de fusiles estaba en el suelo, ante ellos.

Capítulo VIII

FUSIÓN DE DOS TIEMPOS

Eran hombres que vestían ajustadas ropas color verde. Todos llevaban armas al pecho, de una construcción jamás vista por Conrad, y que calificó de cajas oblongas, azules, provistas de un ojo negro y que en conjunto daban la impresión de máquinas fotográficas.

Vlida le explicó que de tales ojos surgían rayos de alto poder desintegrante.

Había diez mil individuos de aquellos, poco más o menos, situados en una larga fila, sobre un dilatado terreno llano, como en los antiguos tiempos de la caballería medieval, dispuestos en orden de combate.

Al otro lado, en compacta formación, aparecían casi dos millones de oponentes, empuñando toda clase de armas, sin excluir viejos rifles de pólvora.

Aquellas dos desiguales fuerzas habían dado origen a la conferencia que se estaba celebrando, precisamente, entre ambas líneas de fuerza.

Garrok decidió, después de fracasada su gestión, entablar negociaciones. Sus contemporáneos —los que procedían de la Era Paradis-200— estaban allí siguiendo instrucciones suyas, en un salto al futuro que se ocultó en los anales de la historia y cuya realización fue de una estrategia extraordinaria.

Pero Garrok y sus hombres sólo lograron apoderarse de la Tierra por breve tiempo. Quedaron dueños de todo mientras que los de la Era Artis-405 retrocedían en busca de armas para defenderse.

Una confrontación armada hubiera sido desastrosa. Seres inmortales caerían desintegrados por las armas de los invasores. Pero éstos no sobrevivirían. Y Garrok lo comprendió así.

Por tanto, él abandonó el Centro Motor, donde creía tener las

riendas y el dominio de la Tierra, y acudió a conferenciar, seguido de cuatro de sus generales.

Vlida, Conrad, el doctor Sank y Tlok formaron en el círculo.

Sin embargo, al ver aparecer a Vlida y Conrad, Garrok frunció el ceño y dijo en alemán:

— Este individuo no debería hallarse aquí. No puede comunicarse con nosotros mentalmente.

— Sin embargo —replicó Vlida—, de no haber sido por él, ahora estaríamos dominados por tu ejército fantasma. Confiamos en Conrad y exigimos que se hable alemán en su presencia.

— ¡Mis generales no conocen esa lengua muerta!

— Sus generales, señor Garrok, están aquí de adorno —replicó Conrad—. Ellos harán lo que usted decida… O, mejor dicho, lo que decidamos todos. Estamos dispuestos a luchar, como puede ver. Somos más numerosos, aunque el orden de batalla presentado no me plazca. Desconozco las armas que utilizan.

— Dejemos esos detalles —apremió Garrok—. Yo tampoco me meto en el armamento que han conseguido ustedes. Cometí un error. Creí convencerles de que era necesario aceptar un cambio de situación… Ese advenedizo…

— ¡Cuidado, Garrok! —intervino Conrad—. Mi mente no es preclara, ni posee más poder que el de pensar torpemente, casi con instinto animal y primario. Pero me permite comprender que es usted un vil embaucador, porque yo estoy más cerca de los hombres que de Dios… ¡Y los hombres siempre han sido viles y ambiciosos!

— ¿Es usted el representante de todos ellos?

— Goza de nuestra confianza —habló el doctor Sank—. Usted ya no.

Garrok encajó la réplica, que había captado antes de ser formulada.

— Estoy empezando a comprender que ustedes desean el enfrentamiento.

— Sólo hay un modo de evitarlo —dijo Vlida.

— ¿Marchándonos a Paradis-200? —preguntó Garrok, secamente,

— Sí. Inmediatamente.

— No lo acepto.

— Pues lucharemos —dijo Conrad, y se volvió, como dando por terminada la conferencia.

Vlida hizo un gesto para seguirle. No obstante, Tlok y Sank se quedaron inmóviles, escuchando los ideogramas que le formulaban

Garrok. Por eso, se detuvo también Vlida, quien gritó:

— ¡No!

— ¿Qué es lo que dicen?

— Garrok propone que tú no intervengas en esta conferencia. No eres razonable. Sank replica que sí…

Conrad se volvió a Garrok, avanzó hacia él y, bruscamente, le agarró de la bata transparente, ante el estupor de todos los reunidos, incluso de los generales, dos de los cuales se llevaron las manos al pecho, donde tenían sus cajas mortíferas.

— ¡Es usted un sucio intrigante, Garrok! —le espetó Conrad—. Y eso es inicuo. Sabe que está en desventaja y todavía quiere sacar partido. ¡Esta situación la ha provocado usted! ¡Aguántese si no le ha ido como esperaba!

— ¡Suélteme! —rugió Garrok, tratando de zafarse de las manos de Conrad—. Esto es una conferencia de seres inteligentes.

De un empujón, Conrad lanzó a Garrok contra un general.

— Ya me estoy cansando de su talento, señor Garrok. Aquí todos saben más que yo, según dicen. Pero no lo veo por ninguna parte. Mucha ciencia, mucha inteligencia, mucho de todo, ¡y cometen errores que un niño de mi época no cometería!

»¿Es esto una rebelión, una invasión o una estupidez mayúscula? ¿Qué se propone usted? ¿Cree poder tomarme el pelo con su hábil modo de pensar, ya que puede llevar mis ideas a su mente, y yo, en cambio no puedo leer su retorcido cerebro?

»Me basta con saber que había algo oscuro en su mente para adivinar lo que se proponía usted. Yo he jugado mucho al póquer, allá en mi época. Puedo explicarle el juego. Se trata de engañar al contrario con expresiones que no corresponden a la realidad del juego. ¿Esto es nuevo aquí?

»Usted se reservó dos bazas. Por tanto, hizo trampas. Yo le he descubierto. Cállese y márchese. No quiera seguir jugando porque no se lo permitiré. Y si desea morir, dígalo. Ahí están nuestras fuerzas.

— No he venido aquí a jugar ni a morir —dijo Garrok.

— ¿A qué ha venido, pues? Dígalo y lo sabré. Hable y no trate de influir en las mentes de mis compañeros. Su error está en creerse que yo soy inferior intelectualmente. Me he dado cuenta de que no es así. Yo no sé tanto como ustedes, pero, le repito, mi intuición no me engaña.

»Voy a decirle lo que se propone. Voy a traducir lo que hay oculto en esas sombras oscuras de su mente, para que Vlida, el doctor Sank y

el señor Tlok sepan cuál es su juego.

»Usted tiene más fuerza preparada. No ha hecho esto y ha puesto al descubierto todo su plan. Diez mil hombres para empezar. Si no son bastantes, traerá cien mil más… O un millón. Pero no puede manejarlos a todos a un tiempo.

»Su presencia aquí le ha facilitado los medios. Es como un espía de vanguardia, que ha logrado apoderarse de las armas de los centinelas enemigos, para que sus tropas ataquen por sorpresa y venzan.

»Usted tratará de ganar tiempo por todos los medios, hasta que posea el ejército necesario para destruirnos a todos. No le importa los que mueran. Sabe que usted vivirá y tendrá vasallos que le agradecerán eternamente el haberles salvado de una muerte segura.

»No quiere más que el poder de los conocimientos de esta época, para mayor gloria de su orgullo insaciable. No tenía bastante con el favor que se le hizo. Quería, además, que todos se pusieran a sus órdenes… ¡Y que todos le obedecieran!

Mientras escuchaba, Garrok había abatido la cabeza, acusando el golpe inferido por las palabras de Conrad, quien continuó:

— Eso no es habilidad, sino estupidez. Posiblemente, sin la mala voluntad de estos seres, hubiera logrado usted su propósito. Pero yo intervine, porque el destino, aunque pueda ser ya dirigido desde esta época, todavía existe, y me interpuse. Usted debió presentir que yo era un intruso y que podía estropear sus proyectos.

»Yo vengo de una época donde había que abrir mucho los ojos para ir por la vida. Vivíamos menos, pero nuestra existencia tenía más interés y aliciente, por la sorpresa y el imprevisto.

»Aquí sé lo que hago hoy y lo que haré dentro de mil años. No me seduce. Pero mi mente adivina sin saber.

»Y voy a terminar, señor Garrok. Usted y sus tropas se irán de aquí en orden y sin tratar de causar ningún daño. Hay una sorpresa oculta detrás de esa fuerza armada nuestra. Yo también sé esconder mi juego y no me jacto. Le reto a que adivine en qué baso mi seguridad de que saldrá usted malparado de la aventura.

Garrok alzó ligeramente la cabeza, como si hubiese recibido un sobresalto.

— ¿Qué quiere decir?

— Le apuesto a que su maniobra fracasa.

— ¡Eso es absurdo! Yo no he venido a apostar, sino a negociar. Y todavía no hemos hecho nada útil. ¿Cuál es la propuesta de ustedes, en

concreto?

— Se lo repito. Váyanse en sus naves. Vuelvan a su época y no regresen jamás. Habrá un ejército vigilando.

— ¿Es lo último que tienen que decirme? —preguntó Garrok, que había interrogado a Vlida, Sank y Tlok mentalmente.

— Sí —declaró Conrad.

— Tengo que hablar con mis generales. Disculpen.

Garrok y sus cuatro generales se retiraron a prudente distancia, enfrascándose en una rápida conversación en una lengua extraña.

Mientras Conrad dijo a sus compañeros:

— Vlida, volved atrás. Que nadie dispare. Si ellos lo hacen, debéis esfumaros, desaparecer, desintegrarse. Y provocad mucho humo. Haced arder el suelo…

— ¡Se marchan! —exclamó Vlida, con júbilo.

Conrad se volvió y vio que los cuatro generales se retiraban, mientras que Garrok regresaba al lugar donde se celebraba la conferencia.

— ¿Y bien, señor Garrok?

— No queremos la guerra —contestó aquél.

— ¿Se marchan, pues?

— Sí. Nos vamos. Volvemos a la Era Paradis-200. A cambio, voy a pedirles algo.

— ¿Qué? —preguntó Conrad.

— Deseo que se implante el sistema de regresión inmaterial del tiempo a partir de este mismo instante. Precisamente, yo lo había demorado por razones personales. Pero veo que sólo me queda esa solución. Quiero la fusión de nuestros respectivos tiempos.

— Bien… Yo no puedo responder a eso —replicó Conrad—. Creo que por vez primera se me está dejando a un lado. Hablen ustedes y decidan.

Vlida no dijo nada. Durante más de quince minutos, el diálogo fue mental, sordo, sin gestos, consumiéndose energía magnética en abundancia. Pero ninguno dejó traslucir lo que pensaba. El forastero no se enteró absolutamente de nada, hasta que Vlida se volvió hacia él y le dijo:

— Asunto concluido, Conrad. Creo que la humanidad ha dado otro gran salto adelante. Tenemos que hablar tú y yo en privado. ¿Te parece bien que vayamos a «Quantum-Sequin»? Eso está en la Luna. Hay allí

parajes tranquilos y solitarios donde podemos conversar con calma.

— ¿Y esas tropas? —preguntó Conrad.

— Empezarán a evacuarlas inmediatamente. Todos volverán a su época, incluso Garrok, que será inmortal. Excepto él, todos morirán a su debido tiempo. Pero, inmediatamente después, empezarán a formar parte de la regresión inmaterial del tiempo, o sea que van a vivir en una dimensión distinta a la nuestra, para siempre. Serán seres antimateriales, pero vivos, y no espíritus puros. Paulatinamente, el resto de las eras históricas irán incorporándose a ese nuevo estado.

— Creo que… sí, debemos ir a cualquier parte a cambiar impresiones acerca de eso. ¿No es en «Quantum-Sequin» donde está mi nave?

— Sí, en efecto —contestó Vlida—. Es allí, en tu pequeño mundo, cerca de todo lo tuyo, donde quiero hablarte. ¿Vamos ya?

* * *

Después de lo que Conrad había considerado un largo tiempo, volver de nuevo a la familiar cabina de control de la «Blitz-F-2», entre los objetos que contempló durante tantos años, le pareció casi un sueño.

Y lo más extraño era que no estaba solo. Vlida se hallaba allí, a su lado, observando con curiosidad lo que para ella debía ser una reliquia del pasado astronáutico de la humanidad.

— Es impresionante, Conrad —murmuró ella.

— Lo encuentro todo igual.

— Nada se ha tocado —dijo Vlida—. Nuestros técnicos se han limitado a grabar con magnetismo interno cuanto han visto aquí. No creo que hayan dejado un solo resorte sin observar.

— ¿O sea que la nave está en condiciones de volar?

— Por supuesto.

— Me dan impulsos de tomar los controles y lanzarme a las estrellas, raptándote.

— ¿No estás pensando en la posibilidad de volver a tu época?

— Sí —admitió Conrad—, Está visto que no puedo tener secretos contigo.

— Los impulsos de tu mente son demasiado fuertes. Te lo he dicho muchas veces. Para pensar en «voz baja» no hay que sentir tanto. Garrok es un maestro en eso.

— Bien, Vlida. ¿Para qué hemos venido aquí?

— Para cambiar impresiones tú y yo.

— ¿Tienes algo en tu mente?

— Sí.

— Suéltalo.

Vlida se sentó en la silla giratoria donde estuviera Rolf Ullrich antes de morir. Jugueteó ligeramente con uno de los mandos y luego miró a Conrad, que parecía sobre ascuas.

— No te he traicionado. Pero en la conferencia se habló de ti. Garrok no quiso dar su brazo a torcer.

— Lo supuse. ¿Qué exigió?

— Tu vuelta al pasado.

— ¿Y mi revitalización?

— Yo le hablé de la suya. Es irreversible. En cualquier época, tú serás un ser superior.

— ¿Y si vuelvo a mi época, él vuelve a la suya?

— Sí, aunque nosotros hemos de poner en marcha la regresión inmaterial del tiempo para toda la humanidad. Ya sabes lo que es. Todos los seres que han existido desde el principio de los tiempos deben gozar del privilegio de la vida eterna.

— ¡Extraño privilegio, sin duda! —replicó Conrad—. Pero no quiero entrar en cuestiones teológicas. Soy demasiado vulgar para comprender eso. Pero yo seré un portento en mi época.

— Hasta cierto punto.

— Sí.

— ¿Por qué?

— Por mí.

— ¿Vas a venir conmigo?

— Sí.

— ¿Para quedarte?

— Sí.

— ¿Y mi esposa?

— Yo seré Mae Wienner, Conrad.

—¿Eh?

— Sí. Vas a volver a tu época, y no será en esta nave, precisamente, cuyos restos se encontraron, hace muchos siglos, en esta misma región de la Luna.

— Sigue y deja la nave. Háblame de Mae. Ella es una persona muy

querida para mí.

— Lo sé, Conrad. Es tu primero y único amor. Lo nuestro no ha sido ni amor siquiera. Voy a explicarte lo que, en principio, pensé hacer. Ahora se me exige que me vaya contigo. Ambos somos inmortales, de modo que nada cambia, a menos que un accidente nos elimine, cosa que no es probable, porque tenemos sentidos que están por encima de la casualidad. Sabemos hasta dónde caerán los rayos.

— No divagues, Vlida —apremió él—. Quiero saber cómo vas a ser Mae y qué será de ella.

— Mae es mortal, Conrad.

— No sigas. No me interesa tu proposición. Lo siento. Soy así. Si hemos de volver a mi época y ella ha de morir, yo eligiré siempre morir con ella, o antes o después. Ésa es nuestra ley de vida; no ésta.

»Y a pesar de este aspecto apolíneo y juvenil, sé que he cumplido los ochenta y seis años.

— ¡Es que yo no quiero que vuelvas a la época que te corresponde y te encuentres que hasta tus propios hijos han fallecido! —gritó Vlida—. ¿Por qué no puedo suplantar a una mujer que ya no existe?

— Porque tengo su imagen metida aquí —dijo Conrad, tocándose la cabeza—. En esa cabina de afuera está su fotografía. Yo la recuerdo como el día que nos separamos.

— ¡El que está divagando ahora eres tú, Conrad! Sabía que iba a ser difícil solucionar esto. Y no tengo otro camino. Actuaré como hemos acordado, tanto si lo quieres como si no.

— Te aconsejo que no lo hagas. Si Garrok no quiere ceder un ápice conmigo, yo tampoco. Y nuestras inteligencias, aunque distanciadas por el tiempo, son similares. Mi instinto vale tanto como su sapiencia. Y mi revitalización es tan buena como la suya.

— ¡Estás haciendo una cuestión personal de este asunto!

— Sospecho que Garrok sólo quiere verse libre de mí para luego hacer lo que le plazca.

— No. Tomaremos seguridades. Ese asunto ya está resuelto. Sólo falta solucionar el nuestro. Tenemos que irnos. Yo he de cuidar de que no regreses a esta época hasta que la regresión inmaterial del tiempo esté en marcha, como mínimo.

— ¿Llegará Garrok mucho antes que yo a esta época?

— Por supuesto.

— ¡Ah! —exclamó Conrad, triunfante—. Ahora lo comprendo. Está dispuesto a esperar todo lo que sea preciso. Puede hacerlo. No peligra.

Y necesita tiempo para organizarse bien.

— No debes preocuparte en absoluto de él. Te repito que no hará nada que nos perjudique —insistió Vlida obstinadamente—. Atiéndeme, Conrad. Hemos estudiado cuál será tu futuro. No puedo decírtelo porque todavía debes vivirlo.

»Tú vas a volver a tu época. Y yo iré contigo. Pero no conservarás el menor recuerdo de cuanto te ha sucedido hasta que llegue el momento.

— ¿Y si me niego?

— Mi mente es muy superior a la tuya.

— ¡No, Vlida! —exclamó él, avanzando hacia ella y tomándola de los hombros.

Vlida se dejó abrazar. También se estremeció cuando sus rostros se encontraron y sus bocas se unieron fuertemente, como si pretendieran fundirse uno dentro del otro.

Y, a pesar de que se amaban, Vlida consideró que aquél era el momento más propicio para realizar el único fin que les estaba destinado a ambos.

Cerró los ojos.

Él la abrazaba y murmuraba:

— Te quiero, Vlida… ¡Te quiero con toda mi alma!

¡Te amo, Mae!

Un instante después, sus cuerpos se desvanecían simultáneamente y la nave quedaba vacía.

Capítulo IX

EL FUTURO VIENE DESPUÉS

No fue el instinto el que guió los pasos de aquel hombre alto y rubio hacia la casa de la ventana iluminada, de donde salía un coro de lamentos. Mientras caminaba sobre la nieve helada, acercándose a un lado del camino, comprendió que la muerte había pasado por allí.

Se detuvo ante el porche. Había montones de nieve en torno a la casa. La puerta se hallaba entreabierta.

Sacudió el sombrero y luego se frotó los pies sobre un viejo felpudo. Cuando entró en el vestíbulo, vio dos mujeres sentadas en una butaca, como rezando.

— Buenas noches —saludó él en tono vacilante.

— Pase, señor Schmidt —dijo una de las mujeres con tristeza—. Los hombres están en el salón.

El hombre alto penetró en el vestíbulo. Jamás había estado antes allí... ¡Pero tampoco había estado en otra parte!

Avanzó hacia la puerta del salón, que correspondía a la ventana iluminada que daba al exterior. En la entrada se detuvo. Seis o siete hombres, de distintas edades, se encontraban allí, todos cabizbajos y tristes. Unos fumaban, otros tomaban whisky.

Un anciano conversaba en voz baja con un joven.

— No te aflijas, Peter. Creo que es mejor así. Ella descansa al fin.

— No te apures, abuelo. Guarda tus buenas palabras para Elga.

El «señor Schmidt» saludó con la cabeza y entró. Un joven bien parecido, que estaba en un sillón, con los ojos enrojecidos, le miró y quiso levantarse. Pero él le contuvo.

— No, por favor. No puedo quedarme mucho tiempo. ¿Dónde está?

— ¿Quién? ¿Mi madre? —interpeló el joven, ya de pie.

— Sí… Discúlpeme. Soy nuevo en la colonia… Me han dicho que la señora Wienner.

— Soy Rick Wienner, señor… Ella está adentro.

— Mi nombre es Hans Schmidt, señor Wienner. Lamento profundamente su irreparable pérdida.

El joven asintió con la cabeza.

Hans Schmidt se dirigió entonces hacia el pasillo y avanzó por él hasta detenerse a la puerta de una habitación, de la que salían sollozos. Dos mujeres sostenían a una muchacha joven, enlutada, que parecía querer arrojarse sobre el catafalco en donde yacía, rígida y en postura de eterno descanso, una mujer de unos cincuenta años.

Pese a la muerte, la serenidad de su rostro le daba cierta belleza.

Hans Schmidt oró brevemente ante la muerta.

— ¡Pobre mujer! —oyó decir a su lado—. ¡Cuánto ha sufrido! Al fin el Señor se ha apiadado de ella.

Schmidt había oído decir que la señora Wienner había sucumbido después de una larga e incurable enfermedad que los médicos no pudieron atajar, a pesar de todos los esfuerzos de la ciencia.

Los dos hijos de la extinta, uno oficial de la Fuerza Aérea y otro prometedor ingeniero biónico, habían regresado y sacado a su madre del hospital, para llevarla a morir a la pequeña casa de la colonia de viudas y huérfanos del estado.

Mae Wienner falleció rodeada de sus amigos y familiares.

Hans Schmidt pudo contemplar un retrato en el que se veía a la extinta, tiempo atrás, al lado de un apuesto oficial de Astronáutica, sonrientes ambos.

Las dos mujeres sacaron a la joven de la habitación, y Schmidt pudo acercarse al catafalco, donde permaneció unos minutos contemplando el rostro sereno de la difunta.

En la mente del hombre no existía ningún recuerdo de la mujer que ahora abandonaba el mundo. Sin embargo, él no estaba allí por simple convencionalismo. En algún desdoblamiento del tiempo, en el lejano futuro, algo autorizó aquel encuentro y aquella despedida. Schmidt ignoraba que en su subconsciente el recuerdo vivía.

¡Aquella mujer, ya muerta, había sido su esposa, años atrás!

¡Conrad Wienner debía rendir tributo a la madre de sus hijos!

* * *

Fue al salir del cementerio, al día siguiente, cuando el teniente Rick Wienner, mientras caminaba por el sendero nevado, se detuvo de repente y se volvió. Su mirada inteligente se dirigió hacia el hombre alto y rubio que había acudido a la inhumación, vestido de negro.

Le había llamado la atención aquel hombre la noche anterior. Se presentó a él como Hans Schmidt,

Ahora, sin saber la causa, se detuvo en el sendero y le esperó. Cuando el otro estuvo junto a él, le saludó cortésmente.

— ¿Conoció usted a mi madre, señor Schmidt? —le preguntó.

— Sí —fue su apagada respuesta—. Hace mucho tiempo… Cuando vivía mi esposa. Ella y la madre de usted fueron amigas. Nos conocimos en Ulm.

Los ojos del joven brillaron.

— ¿Estuvo usted en Ulm, señor Schmidt?

— Sí. Fui ingeniero técnico.

— ¿Fue?

Hans Schmidt trató de sonreír.

— He querido decir que estuve en Ulm ejerciendo de ingeniero técnico. Todavía lo soy, pero ya no estoy allí. Acabo de retirarme. Ahora vivo aquí. Necesito descansar.

— ¿Estaba usted en Ulm cuando fue lanzada la astronave «Blitz-F-2»? —preguntó Rick Wienner, en el momento en que su hermano Peter y otros hombres se acercaban a ellos, viniendo del lugar donde la tierra ya cubría el féretro de Mae Wienner.

— Sí, estaba allí… En aquella nave se fue Conrad Wienner.

— ¿Conoció usted a mi padre, pues?

—¡Por supuesto! Le repito, joven, que su madre de usted y mi esposa fueron amigas. Su padre y yo también lo fuimos.

— ¡Oh! Me gustaría… Quisiera hablar con usted. ¿Por qué no viene con nosotros a casa?

— Será un placer.

— ¿Mañana?

— De acuerdo.

Hans Schmidt saludó a los otros y se alejó.

— ¿Quién es ese hombre? —preguntó uno de los presentes.

— Acaba de venir a vivir a la colonia. Creo que es un técnico de aviación retirado. Vive en la casa de Welder —replicó otro—. Parece

muy correcto.

— Y conoció a papá —añadió Hans Wienner, cerca del oído de su hermano—. Le he dicho que venga a casa mañana.

— Yo tengo que marcharme esta noche, Rick.

— Está bien, Peter. No te preocupes. Yo me ocuparé de todo.

— ¿Elga va a quedarse aquí sola?

— Tengo permiso para varios días. Tú márchate tranquilo.

Después de la muerte de un familiar querido, los restantes miembros de la familia encuentran cotidianamente un vacío a su alrededor. Algo importante falta en sus vidas. Pero el tiempo es inexorable y, poco a poco, va dejando atrás los recuerdos.

Rick Wienner supo animar a sus hermanos, especialmente a Elga, que parecía no consolarse por la pérdida de su madre, a pesar que hacía tiempo que la esperaba y hasta casi la deseó, para aliviar los sufrimientos de la extinta.

Aquel día, después del entierro, los tres hermanos apenas si despegaron los labios, yendo de un lugar a otro de la casa, como espectros.

Por la noche, Peter Wienner tomó su maleta y se despidió de sus hermanos. Tenía que volver al trabajo al día siguiente. El coche, aún con las cadenas puestas, aguardaba en el aparcamiento subterráneo.

Cuando se marchó, los otros dos hermanos, detrás de la ventana, le vieron perderse en la oscuridad. Fue entonces cuando Rick hizo la temida pregunta:

— ¿Y qué piensas hacer tú, Elga?

— No lo sé.

— ¿Por qué no te vienes a Crab conmigo? Puedo presentarte a mis amigos… Creo que deberías casarte.

— No. Buscaré trabajo. Tengo mi título de licenciada en Biología. El profesor Hulmen me dijo que fuese a buscarle, si le necesitaba. Me apreciaba mucho.

— A mí me gustaría verte casada, Elga.

— El matrimonio no se ha hecho para mí. No te preocupes, Rick. Ahora, si me lo permites, me iré a descansar. Estoy rendida.

* * *

Hans Schmidt se presentó al día siguiente, acompañado por una

hermosa mujer, casi tan alta como él, de mediana edad, pero muy bien conservada, que llevaba un abrigo negro de astracán y un gorro de la misma piel.

Rick les abrió la puerta, quedándose un tanto sorprendido al ver a ella.

Hans Schmidt sonrió, quitándose el sombrero.

— Permítame presentarle a Carol Rensch. Acaba de llegar de Moscú.

— ¡Oh, encantado! Pasen ustedes, por favor —rogó Rick Wienner, con una sonrisa. Pero, de pronto, su rostro sufrió una alteración brusca, mirando a la mujer que acompañaba a Schmidt—. ¿Ha dicho usted Carol Rensch, la famosa exobiólogo?

— Efectivamente —contestó ella—. Pero lo de famosa me sobra.

— ¡Oh, he oído hablar muchísimo de usted y de los microorganismos que llevan su nombre! ¡Eh, Elga, mira quién ha venido! ¡Es la doctora Rensch!

Elga Wienner, vestida de negro, acababa de aparecer en el vestíbulo. Su expresión se distendió en una agradable sonrisa, al ver a la mujer que acompañaba a Hans Schmidt.

— ¡Doctora Rensch!

— Mucho gusto, querida.

— Es mi hermana Elga… El señor Schmidt.

— Carol y yo somos viejos amigos —explicó Schmidt—. Uno no sabe nunca cómo conoce a los amigos. Fue en Berlín, ¿verdad, Carol?

— En Copenhague, querido —replicó ella alegremente, para cambiar inmediatamente de expresión y añadir—: Lamento muchísimo la pérdida que han sufrido ustedes. Hans me lo ha dicho hace un rato.

— Gracias, señora… Pasen por aquí.

Carol Rensch se despojó del abrigo y se lo dio a Elga. Llevaba un vestido de punto azul y su cuerpo era esbelto.

— Está usted muy bien conservada para su edad —dijo Elga.

— Las mujeres no tienen edad —repuso Schmidt, sonriendo.

— Conozco la biografía de la doctora Rensch casi de memoria —replicó Elga—. Nació en el veinte.

— ¡No seas indiscreta, Elga! —le reprendió su hermano.

— Inconvenientes de la fama. No me preocupa en absoluto mi edad. ¿Te preocupa a ti, Hans?

— ¡Oh, no, por supuesto!

Entre Elga y su hermano habían preparado un impresionante *lunch*.

Cuando poco después se sentaban todos a la mesa, en un ambiente grato, gracias a los tubos termogeneradores, Rick se encaró con Hans Schmidt. Le preguntó:

— ¿Cómo era mi padre, a su juicio? Yo apenas si le recuerdo.

— ¿Tu padre? —Hans Schmidt pareció sorprenderse. Miró primero a Carol Rensch y luego dijo—: Un muchacho excelente, buen camarada, experto técnico electrónico, buen padre… Y un hombre muy afortunado.

— ¿Afortunado? No se volvió a saber nada más de él ni de sus compañeros, después de su partida.

— Sí —dijo Schmidt—. Nada se ha sabido de él ni de la «Blitz-F-2».

— ¿Qué cree usted que pudo ocurrirles?

Esta pregunta la hizo Elga Wienner.

— Verá usted, señorita… Aquella expedición era un tanto extraña. Debían marchar hacia las estrellas en un viaje sin retorno. Yo no confiaba volver a verles jamás y ellos lo sabían. Su padre me lo confesó antes de emprender el viaje. «Sé qué no volveremos.»

— ¿Eso le dijo?

Hans Schmidt asintió con la cabeza y repuso:

— Sin embargo, no hay razón para creer que hayan muerto.

— ¿Cree usted que vive después de tantos años?

— Llevaban provisiones para más de veinte años.

— ¿Hay alguna posibilidad de que vuelvan? —preguntó Elga.

— Eso sólo Dios lo sabe. Pueden haber vuelto ya…

¡En otra época, quiero decir!

— Eso no está demostrado prácticamente —dijo Rick.

— ¿Está seguro, teniente Wienner? —preguntó Hans.

— Pues… Bueno. No hay información al respecto. Si alguien la tiene, se la reserva.

— Los regresos del futuro pueden haber empezado ya. Se han perdido muchísimas naves espaciales en lo que llevamos de siglo. Y muchas más se perderán. Hay algo allá arriba, fuera de nuestros límites máximos, que trastocan los conceptos del tiempo.

»Yo he estudiado eso profundamente y tengo una noción amplia.

— Creo que a estos jóvenes no les interesa conocer tus conceptos sobre el tiempo desdoblado, Hans —atajó Carol Rensch, con su mejor sonrisa—. ¿Cómo es que conoces mi biografía, Elga?

— Mi hermana está licenciada en Ciencias Biológicas.

— ¿De veras? ¡Oh, qué maravilloso; tengo una colega aquí, Hans! ¿Por qué no me lo habías dicho?

— Al licenciarme quería ir a Berlín, pero mi madre cayó enferma y tuve que venir aquí a atenderla. He perdido tres años de mi carrera.

— Atender a una madre es más importante que todas las carreras del mundo —dijo Hans Schmidt con entonación grave—. Ella te lo agradecerá en la eternidad.

— Yo creo que ya está tratando, desde el más allá, de resarcirte —dijo Carol—. Porque mi presencia aquí, aunque casual, puede estar relacionada con ello.

— ¿Qué quieres decir? —preguntó Hans Schmidt.

— Voy a proponer a Elga que se venga con nosotros a Moscú. Me gustaría tenerla de ayudante.

— ¿Habla usted en serio, señora? —preguntó Elga.

— Naturalmente. Te has quedado sin madre… Y como Hans y yo, al fin, hemos decidido casarnos…

Necesitaré una ayudante de laboratorio. Te advierto que soy muy exigente en el trabajo.

— ¡Oh, eso es maravilloso! ¡Si no fuera porque ayer enterramos a mamá, me pondría a saltar y a cantar!

— Déjalo para más adelante, querida —dijo Carol Rensch—. Pues, sí. Hans y yo hemos decido unir nuestras vidas. Hace mucho que nos conocemos. Pero ambos hemos estado dedicados a nuestros respectivos trabajos, lejos el uno del otro, y aunque nos escribíamos y… Bueno. Él se casó con otra mujer, aunque yo le conocí antes.

—¿Es usted viudo? —preguntó Elga.

Hans asintió. Al mismo tiempo, intuyó que estaba diciendo la verdad. Era viudo de Mae Wienner… ¡Y aquellos dos jóvenes eran sus hijos!

Sin embargo, esto lo ignoraba Hans Schmidt, como ignoraba muchas cosas de su existencia anterior, que parecía haber transcurrido entre sueños y jirones de niebla.

Pero de haber sabido algo, allí, a su lado, estaba Carol Rensch para hacérselo olvidar inmediatamente.

En una sociedad tecnificada, como la del siglo XXI de la Era Cristiana, parecía imposible que un hombre y una mujer pudieran desenvolverse en medio de los demás sin tener un origen definido y concreto, ser hijo de Fulano y Zutano, haber nacido en tal o cuál sitio, tener una clasificación técnica y profesional y un historial civil, militar

o eclesiástico.

Hans Schmidt carecía de todo aquello. No había estado en ninguno de los lugares que creía haber estado, ni siquiera estaba retirado de su profesión. Tampoco, por añadidura, sabía la edad que tenía, aunque se calculaba unos cincuenta y tantos años.

La única relación con los seres de este mundo estaba en el Más Allá. Y nadie de su época podía saber con exactitud lo que era el Más Allá.

* * *

Carol Rensch se convirtió en la señora Schmidt unos meses después, en Moscú. No se celebró boda, sino una comida de camaradas, a la que asistió la nueva ayudante de Carol y sus dos hermanos. Peter estaba disfrutando de unas vacaciones y accedió a acompañar a Rick.

Alguien debió quererlo así. Alguien que podía influir sobre la voluntad de las personas y cosas. Y en aquel momento humano y conmovedor, además de varios amigos de Carol, famosos científicos europeos, también se encontraban presentes los tres hijos del desaparecido astronauta Conrad Wienner.

¿Era una casualidad?

No, sin duda. Ello obedecía a una fuerza inexpresable y oculta, muy superior a la voluntad de los hombres.

En realidad, en aquella fiesta matrimonial se reunían seres muy vinculados entre sí, aunque fuese a través del tiempo y del espacio.

Conrad Wienner y Vlida Lingbi sellaban formalmente un pacto.

Ella, que todo lo sabía, hizo el obsequio a su compañero eterno de la presencia de los tres jóvenes. Así, en el fondo de su conciencia, donde las razones no cuentan, ni los recuerdos viven, en el corazón mismo de la subconsciencia, Conrad Wienner estuvo con sus hijos.

La vida era compleja, tanto en el pasado como en el futuro. Pero los valores humanos de todos los tiempos tenían una importante razón de ser, de existir, porque representan el factor honrado y bueno de la acción humana, del hombre y sus causas.

Después la vida seguiría su curso inmutable.

Conrad Wienner sabría, alguna vez y en algún tiempo, que sufrió lo indecible durante los cincuenta y seis años que permaneció encerrado dentro de una nave espacial, hasta terminar por quedarse solo.

Hans Schmidt, el «hombre sombra», no lo sabría nunca.

Siglos después, la «Blitz-F-2» sería encontrada, destruida y sin restos

de ninguno de sus tripulantes, empotrada en un lugar desierto de la Tierra. Pudo ser identificada, pero jamás se supo la tragedia que había ocurrido en su interior. No quedaba ni uno solo de los registros grabados que podían dar testimonio de aquel hecho.

Elga Wienner alcanzó fama universal con sus investigaciones biológicas, primero ayudada por Carol Rensch, su tutora y casi madre, y luego sola, ya en edad madura, absorta siempre en profundas investigaciones.

Peter Wienner se casó y tuvo dos hijos. Murió a los cincuenta años, víctima de un accidente de tráfico.

Rick Wienner, como su hermana, había de dar días de gloria a la humanidad. Fue él quien mandó la expedición que recorrió el sistema planetario y llegó a Próxima Centauri, entablándose las primeras relaciones interraciales, que años después conducirían a una pavorosa contienda interplanetaria.

Rick murió a bordo de su nave, en una batalla sideral.

¿Y qué fue de Conrad Wienner y Carol Rensch?

Murieron con escaso margen de diferencia. Sus cuerpos fueron sepultados en Linsk, donde permanecerían incorruptos durante más de dos millones de años.

Y un día, cuando la regresión inmaterial del tiempo quedó establecida, ambos salieron de sus tumbas, se encontraron, ya como Conrad y Vlida, y siguieron adelante en la eternidad, juntos para siempre.

FIN